

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

una pelirroja para el desayuno

KEITH LUGER



Raymond Duc, agente del Deuxième Bureau, tomó los binoculares y miró por entre una de las rendijas de la persiana, apuntando hacia la terraza que estaba vigilando.

Ya estaba allí Maximilien Lautman y, como siempre, ante una mesa bien servida para el desayuno.

Raymond consultó su reloj. Eran las ocho de la mañana.

Maximilien era un hombre puntual.

¿También lo sería hoy la pelirroja?

También publicada por Editorial Bruguera, en la colección Punto Rojo, con el número 179, en el año 1965.



Keith Luger

Una pelirroja para el desayuno

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1328

ePub r1.0

Lds 30.08.18

Título original: *Una pelirroja para el desayuno*

Keith Luger, 1965

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Raymond Duc, agente del Deuxième Bureau, tomó los binoculares y miró por entre una de las rendijas de la persiana, apuntando hacia la terraza que estaba vigilando.

Ya estaba allí Maximilien Lautman y, como siempre, ante una mesa bien servida para el desayuno.

Raymond consultó su reloj. Eran las ocho de la mañana.

Maximilien era un hombre puntual.

¿También lo sería hoy la pelirroja?

Ella llegaba a las 8,15, cuando Maximilien ya había despachado los huevos con jamón.

Ninguna novedad, absolutamente ninguna.

¿Por qué el Viejo lo había dedicado a aquel absurdo trabajo?

Alrededor de las nueve y media, Maximilien salía del hotelito, montaba en el «Mercedes» que era conducido por su chófer, Marino, y hacían el recorrido que les separaba del Athletic Club de Tenis. Allí Maximilien permanecía una hora, peloteaba en la pista con el mismo individuo, un tal Albert Laforgue, comerciante en tejidos, se duchaba y regresaba en el «Mercedes» al hotelito.

Permanecía en sus habitaciones hasta el anochecer en que, nuevamente, Marino llevaba a Maximilien a algún *cabaret*.

Maximilien sabía divertirse. Elegía a buenas muchachas hermosas, atractivas, para que le hiciesen compañía, y casi siempre regresaba con alguna de ellas a la casa. Pero, invariablemente, la chica salía antes de las tres de la madrugada, y el propio Marino era quien se encargaba de dejar a la elegida en su domicilio.

Tres días haciendo lo mismo, sin que surgiese lo inesperado.

Raymond dejó los binoculares y encendió un cigarrillo.

En ese momento sonó el zumbador de la puerta. Acudió a abrir y

se llevó una sorpresa. Era el Viejo en persona.

—¿Qué pasa, Raymond?... ¿Es que ha perdido facultades? —
Ladró entrando en el apartamento.

—Creo que me conservo bien —contestó Raymond mientras cerraba la puerta.

El Viejo giró hacia él en el centro de la estancia.

—Demuéstrelo. ¿Qué hace Maximilien Lautman en París?

—Pasarlo bien.

—¿No tiene otra cosa que decir?

—No, señor.

—Con eso no entrará en la Legión de Honor...

El Viejo se mostraba muy orgulloso de haber sido incluido en la Honorífica Orden, aunque olvidase que debía tal dignidad a un feliz trabajo de Raymond Duc.

—Oiga, jefe. Mi obligación es acatar sus órdenes, pero en este caso concreto estoy a oscuras. Le telefoneé un par de veces, pero nunca lo encontré en su despacho; y Monique...

—Sí, ya sé, quiso que Monique le informase.

—Fue como intentar sacar agua de una piedra.

—Usted lo acaba de decir. ¿Por qué cree que Monique está conmigo?

—Fidelidad y abnegación.

—Sí, señor Duc. Es lo que yo más aprecio en las personas que han de colaborar directamente conmigo... Volvamos a lo nuestro. ¿Algo interesante?

—Informé a Monique e imagino que ella le diría a usted.

—Sí.

—Pues eso es todo.

—No ha realizado un brillante trabajo, que digamos.

De pronto se oyó un clic metálico.

El Viejo miró a su alrededor.

—¿Qué es eso?

Entonces se oyó una voz femenina, que salía por un micrófono.

—«Buenos días, señor Lautman».

—«Yo diría más, señorita Marshal, es un día maravilloso —contestó una voz varonil—. Mire el cielo, nunca vi un azul tan precioso. Comprendo por qué se habla tanto de París en primavera».

El Viejo se había quedado con la boca abierta.

De pronto se dirigió a la ventana. En el camino tomó los binoculares y miró a través de la rendija, hacia la terraza.

—Lautman y la pelirroja —murmuró.

—Sí, jefe. Y ahora él se pondrá a dictarle cartas comerciales, no muchas, dos o tres, y luego ella se marchará... Bueno, también le trae las que le dictó ayer, para firmarlas. Lautman se las queda y Marino las deposita en Correos.

—«¿Desayuna conmigo, señorita Marshal?» —se oyó la voz de Maximilien Lautman.

—«No, gracias, señor Lautman, ya desayuné».

—«Mañana le impondré un castigo si lo hace antes de venir aquí».

Se oyó la risa de la joven y niego él dijo:

—«Deme un poco de tiempo, Colette. He de beber mi café».

—«Sí, señor».

—«¿Un cigarrillo?».

—«Eso sí».

El Viejo dejó de mirar con los binoculares.

—¿Cómo lo consiguió, Duc?

—Muy sencillo. Me metí allí la segunda noche. Tuve que trepar por la terraza... Un par de veces corrió usted el peligro de quedarse sin mí. Pero logré recuperar el equilibrio al pensar que me echaría de menos.

—¿Sólo puso el micrófono en la terraza?

—Sólo en la terraza, jefe. Puede usted ver desde aquí el hilo. Si lo hubiese instalado dentro, lo habrían descubierto.

—Sí, me hago cargo.

—Gracias.

—No me gusta ese tono de ironía, Raymond.

—¿Fui irónico, jefe?

—Olvídelo.

—¿Quién es Lautman?... ¿Puede decírmelo ya?

—Perteneció a las SS. Entonces se llamaba Conrad Ritter. Fue un tipo cruel, por el que los polacos estarían dispuestos a dar mucho dinero... Cometió atrocidades en Varsovia... Poco antes de terminar la guerra, Ritter logró ser destinado a un país de América del Sur. Supuestamente, tenía que cumplir una misión importante, no sabemos cuál. Lo cierto es que eso le permitió escapar a la justicia.

Compró una plantación de café y se dedicó a ser un honrado cultivador. Naturalmente, cambió de nombre... Todo fue legal. Desde entonces se ha llamado Maximilien Lautman.

—Dígame cuál es la marca de su café por si alguna vez me lo dan en la tienda.

—Ya no hay ninguna marca Lautman. Vendió su plantación.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace poco más de un año.

—¿Por qué dejó de cultivar café?

—Para ser una especie de embajador volante de Astrea, S. A.

—¿Qué es Astrea, S. A.? ¿Otra marca de café?

—Eso quisiera yo...

—¿De qué se trata?

En aquel momento se oyó la voz de Maximilien a través del micrófono.

—«¿Está preparada, Colette?».

—«Sí, señor Lautman».

El Viejo intervino:

—¿Registra las conversaciones?

Raymond señaló una puerta.

—El magnetófono está en mi dormitorio, por si recibía alguna visita. Hice una extensión.

—Silencio —dijo el Viejo.

Maximilien comenzó a dictar una carta a la pelirroja.

—«Albert Feyrabend. Rué Boileau, 17. Burdeos... Muy señor mío: Nuestra Delegación en Nueva York recibió su carta de aceptación a nuestra oferta, por lo cual le quedamos muy agradecidos. Lamento no poder desplazarme hasta Burdeos para verlo. ¿Podría usted hacer el viaje a París el próximo día 7 de mayo? Tendrá habitaciones reservadas en el hotel Provençal. Sería una buena oportunidad para que discutiésemos su petición de nuestra maquinaria. Suyo afectísimo, etc., etc.».

—«Listo —dijo Colette—. ¿Otra carta, señor Lautman?».

—«No, Colette, por hoy basta. ¿Quiere pasarla en limpio aquí, ya que sólo es una carta? Así la firmaré y Marino la echará al correo».

—«Desde luego, señor Lautman».

Raymond había tomado ahora los binoculares.

—Fíjese bien en la cara de Lautman —dijo el Viejo.

Pero Duc no observaba a éste sino a la pelirroja. Colette Marshal tenía mucho que mirar. A decir verdad, la pelirroja era el lado bueno de la moneda, lo único aceptable en aquel trabajo de vigilancia que el Viejo le había ordenado.

Colette podía estar por los veintitrés años, y era esbelta. Su cuerpo era un prodigio de la Naturaleza. En su cara había mucha picardía y en lo demás, del cuello para abajo, mucha curva, justo donde debía estar.

Duc observó el bamboleo de sus caderas mientras ella salía de la terraza.

—¿Qué me dice de su cara? —insistió el Viejo.

—Estupenda —contestó Raymond, dando un suspiro.

—Le estoy hablando de la cara de Lautman.

—Oh, sí, perdone, jefe.

—¿No está conforme con que es la típica de un hombre sin piedad? —Sí I efe.

Ahora Raymond, estaba mirando efectivamente la cara de Maximilien. Era rubio, de ojos verdes, y sonreía con los dientes apretados, mirando por el hueco donde había desaparecido la pelirroja. No hacía falta ser un psicólogo para saber que lo que Lautman pensaba en aquellos momentos era en algo relacionado con la muchacha.

—¿Qué sabe de ella, jefe?

—Colette Marshal, taquimecanógrafa de la agencia Trabajos Urgentes, dirigida por madama Renoir... No hay queja de ella.

—¿Casada?

—No. Y eso no importa a nuestro trabajo, señor Duc. Me preguntó antes por la Astrea, S. A.

—Si.

—Pasemos a su dormitorio. Quiero oír alguna de las conversaciones grabadas.

—Como quiera.

Pasaron al dormitorio, dejando la puerta abierta por si en la terraza de Lautman se hablaba de algo interesante.

Raymond desconectó el magnetófono del hilo para poder pasar la cinta grabada.

Poco después, se oía la voz de Lautman hablando con Colette. Maximilien dictaba algunas cartas a la joven. Iban dirigidas a Paul

Cortell, de Marsella, a Herman Schneider, de Hamburgo, Fred Woolley, de Londres.

El Viejo detuvo la cinta y Raymond hizo la conexión para que la grabadora siguiera haciendo su trabajo en el momento oportuno.

—Usted dio esos nombres a Monique, ¿recuerda, Raymond?

—Sí.

—Hemos investigado acerca de esos personajes, aunque para algunas no era necesario porque ya tenemos un buen *dossier*. Le diré ahora quiénes son los clientes de Astrea, S.

A. Al

bert Feyrabend, de Burdeos, dueño de una cadena de cinematógrafos, pero con lo que realmente gana dinero es con el tráfico de drogas. Desgraciadamente nunca se le ha podido demostrar nada, Fred Woolley, de Londres, propietario de tres garajes, pero en realidad de lo que saca dinero es de la trata de blancas. Con él ocurre lo mismo que con Feyrabend, está limpio de culpa ante la policía. Herman Schneider, de Hamburgo, naviero, dueño de una flota de un millón de toneladas... Pero lo que no se sabe es que Schneider es también propietario de un millar de juncos que navegan por el mar de la China y que lo mismo trafica con drogas, con armas, que con mujeres. Como en los casos anteriores, es un honrado capitalista de nuestro viejo mundo occidental...

—Espere un momento, jefe. Hasta ahora me ha hablado de los clientes de la Astrea, S. A., pero no me dijo nada de esa firma.

—Oh, sí, quizá debí empezar por ahí. La Astrea, S. A. tiene su domicilio en Nueva York, calle 24 Oeste número 727, un edificio de veinticuatro pisos. La Astrea, S. A. ocupa las plantas quinta y sexta. Le diré quiénes son los accionistas de esa flamante firma.

El Viejo hizo una pausa y sonrió con sarcasmo.

—Chuck Bern, que dirige una cadena de seis garitos distribuidos entre Las Vegas, San Francisco, Miami y Tampa... Roddy Walker, un alto cargo en el Sindicato de Camioneros, de Los Ángeles. Se le calcula una fortuna personal de diez millones de dólares. Últimamente compró en Hollywood una residencia valorada en medio millón... Spring Dereck, de Chicago. Tiene el cincuenta por ciento de las acciones de tres sociedades dedicadas a la exportación de carnes y el cien por cien de tres fábricas de máquinas tragaperras, con su correspondiente organización que abarca no

menos de veinte ciudades importantes de Estados Unidos.

Raymond encanutó los labios y lanzó un silbido.

—En, jefe, ¿no habrá lugar para un accionista como yo?

—Lo rechazarían por falta de efectivo, Raymond. —De modo que se está reuniendo la crema del gansterismo mundial.

—Así es, Raymond.

—¿Para qué?

—Es lo que quisiera saber. Sólo podemos hacer deducciones. Mi hipótesis es la siguiente: Hasta ahora esos hombres trabajaron anárquicamente. Cada uno se reservó un espacio geográfico y se las arregló para defenderse de las tarascadas de la ley. Pero ya vivimos en la segunda mitad del siglo xx. De pronto esos hombres se dan cuenta de que juntos pueden ser invencibles. ¿Por qué luchar individualmente cuando pueden reunir sus fuerzas y ser los dueños del planeta llamado Tierra?... ¿Por qué no unirse todos y lanzarse a la conquista definitiva del mundo?

—No está mal, pero ¿dónde entramos nosotros en el juego?

—Sé por dónde va, Raymond... El tráfico de drogas, el de mujeres, el de armas, son delitos que no nos competen a nosotros. Existen cuerpos especiales policíacos en cada nación, hasta una policía internacional, para luchar contra esa clase de delincuentes. Pero nos incumbe a nosotros enfrentarnos a unos hombres cuyos actos van encaminados a acabar con nuestra nación.

—Entiendo. Pero, dígame, jefe, ¿qué pruebas tiene para sostener su hipótesis?

—Ninguna. Sólo es eso, una hipótesis. Le encargué a usted ese trabajo para encontrar pruebas. Una vez con ellas en la mano, acabaremos con el peligro que representa Astrea.

—¿Colaboramos con alguien? Quiero decir FBI, la intelligence Service...

—No. Ni tampoco tengo la menor noticia de que nuestros colegas de otros países hayan emprendido alguna acción contra Astrea.

—¿No ha podido solicitar esa colaboración?

—Se me ha prohibido desde las altas esferas. Hemos de ser nosotros quienes investiguemos y resolvamos la situación.

—¿Y si se equivocase, jefe? ¿Y si la Astrea, S. A. sólo se ocupase de delitos que escapan a nuestra jurisdicción? Podría ser, como

usted dijo antes, que sólo trabajasen en las drogas, las mujeres o cualquier otra cosa, a escala mundial.

—Si fuese así y quedásemos convencidos de ello, pasaríamos nuestro *dossier* a las policías respectivas y nosotros nos inhibiríamos del asunto. Pero es necesario que hagamos la comprobación. No pegaré ojo hasta que esté convencido de las verdaderas intenciones de Astrea, S. A.

Raymond se rascó detrás de una oreja.

—Lo malo es que desde aquí y con ese micrófono no creo que hayamos adelantado mucho. Sólo conseguimos nombres de asociados o de futuros accionistas.

El Viejo cabeceó.

—Sí, Raymond. Tiene razón y es por lo que he pensado en el otro plan.

—¿Qué otro plan?

—Usted va a ser uno de los socios.

—¿Qué?

—Sustituiré a Paul Cortell, de Marsella.

—De modo que me va a meter en el avispero.

—¿No le gusta?

—¿Desde cuándo tiene en cuenta lo que me gusta o no?

El Viejo dio un manotazo en el aire.

—Tomaremos precauciones.

—Oh, sí, entiendo. Secuestrarán a Paul Cortell y lo mantendrán en conserva mientras yo haga mi trabajo.

—Sí, Raymond.

—¿Está seguro de que nadie conoce a Paul Cortell, quiero decir algunas de las personas con las que tendré que relacionarme?

—Paul Cortell reúne todas las condiciones para que se realice la sustitución. Ha trabajado en Argelia durante muchos años, exactamente hasta hace cosa de diez meses. Tuvo roces con una importante autoridad y se vio obligado a renunciar a los múltiples negocios que tenía instalados allí. Pero Paul Cortell había previsto tal posibilidad. Según nuestros cálculos, en los últimos años depositó en los Bancos de Francia una suma muy aproximada a los treinta millones de francos nuevos.

—Vaya, parece que al señor Cortell le han ido bien los negocios en Argelia. Imagino que durante estos meses habrá hecho amistades

en Francia.

—Muy pocas. Compró una gran mansión en las afueras de Marsella y apenas sale de allí. Es posible que tema que algún viejo amigo le desparrame los sesos.

—¿Casado?

—Sí.

—¿Qué hay de ella?

—Se llama Tañía. Según el uniforme del agente que le echó una ojeada, es una mujer muy atractiva.

—Vaya, estoy de enhorabuena.

—Usted no la verá, Raymond.

—¿Por qué no?

—Ella está de viaje... Se marchó hace una semana a Budapest. Es de origen húngaro. Sus padres viven allí Su madre está gravemente enferma. Suponiendo que regrese, volverá a Marsella. De todos modos, estaremos al corriente. Ya está avisada nuestra embajada en Budapest.

—Parece que pensó en todo.

—Ya le dije antes que tomamos las debidas precauciones.

—Hay un detalle del que no ha hablado.

—¿Cuál?

—¿Cómo sabe que Paul Cortell viajará solo a París? ¿No es lógico que lo haga con un guardaespaldas?

—Sí, es cierto. Viaja con un guardaespaldas, pero también *a él lo vamos a retirar de la circulación*. Su nombre es Lucien Perie.

¿Y quién va a ocupar su lugar?

—Nadie. Usted dirá que dio vacaciones a Lucien.

—¿Tiene hijos Cortell?

—Ninguno.

—¿Está seguro de que Maximilien Lautman no ha visto a Paul Cortell ni en fotografía?

—Ni siquiera nosotros tenemos una fotografía de Cortell.

—Oh, claro, y si el Deuxième Bureau no la tiene, el señor Lautman tampoco la puede tener.

—El Deuxième Bureau no comete fallos de esa clase.

—Espero que no —dijo en voz baja.

—¿Decía algo, Raymond?

Oh, nada que tenga importancia, señor.

CAPÍTULO II

—Soy Paul Cortell —dijo Raymond Duc al encargado de la recepción en el hotel Provençal—. Tengo reservada habitación.

—Oh, sí, señor Cortell.

El empleado consultó un libro y a poco dijo:

—Habitación 37. Por favor, ¿quiere rellenar la hoja?

Duc lo hizo.

Aprovechando que el empleado se puso a hablar con un huésped, Duc pasó unas hojas del libro. Sólo vio un nombre conocido, el de Herman Schneider. Justamente ocupaba la habitación contigua a la suya, la 36.

Un botones se había hecho cargo de su equipaje, el cual ya había recibido la llave de manos del encargado.

Subieron a la tercera planta y, después de entrar en la habitación, Duc dio una propina al botones y quedó solo.

Bien, ya estaba en la piel de Paul Cortell.

El Viejo le había dado la señal verde para que se desplazase al hotel.

Paul Cortell y su guardaespaldas habían sido secuestrados.

Ahora él, Raymond, sólo tenía que hacer una cosa, esperar a que Lautman entrase en contacto con él.

Es lo que el ex oficial de las SS había dicho en sus cartas a todos los supuestos clientes de Astrea, S. A.

Como tenía mucho tiempo por delante, decidió tomar una ducha.

Cuando salió del cuarto de baño, se encontró con la primera sorpresa.

Un hombre manejaba su pistola, que había dejado encima de la cama. Era un tipo alto, fornido, de cabello blanco, ojos azules un

poco salidos de las órbitas.

Raymond le sonrió.

—Hola.

—¿Qué tal?

—Muy bien, ¿y usted?

—Siempre deseé conocerlo, señor Cortell.

—¿De veras?... Quizá esté equivocado, no trabajo en el cine.

El rubio se echó a reír.

—Ingenioso.

—Gracias.

—Sí, me dijeron que usted era famoso por sus salidas y por su sangre fría. Me contaron que en cierta ocasión estaba usted rodeado por seis argelinos y que los seis se querían repartir sus trozos. Usted les contó una historia de su país y, mientras tanto, se fue acercando a un armario. En uno de los cajones de ese mueble guardaba usted una bomba de mano, justo la bomba que hizo una carnicería con la media docena de sus enemigos.

—Sí, pasó así —dijo Duc y se movió hacia el armario. El hombre del pelo blanco rió.

—Eh, supongo que ahí no guardará una bomba de mano.

—Venga a verlo.

—Tengo su pistola. Le podría meter una bala en las tripas antes de que abriese el cajón.

Raymond inspiró profundamente.

—Ande, péguemelo. Mi pistola hace mucho ruido y no tiene silenciador. Tendría que dar poderosas razones a la dirección del hotel para justificar mi muerte, señor... ¿Cómo me ha dicho que se llama?

—No lo dije, pero se lo diré ahora. Herman Schneider.

—De Hamburgo.

—Sí.

Herman Schneider puso el dedo en el gatillo y apuntó al estómago de Duc. Su cara ahora estaba muy seria.

De pronto, lanzó una carcajada y arrojó la pistola hacia Raymond, que la alcanzó al vuelo.

Schneider continuaba riendo frente a él.

—Sí, Paul, eres tal como me dijeron, y quiero que nos tuteemos.

Duc tiró la pistola hacia la cama.

—¿Cómo te colaste, Schneider? Recuerdo haber cerrado la puerta con llave.

Herman sacó algo del bolsillo.

—Es una llave maestra —explicó—. Muy útil para todo.

—Entonces, tú y yo podríamos hacer el gran negocio en fuerte Knox. Allí hay oro para que podamos llevar una vida mucho más tranquila.

Schneider rió nuevamente.

—Me alegro de que estemos metidos en el mismo negocio.

—¿Cuál negocio?

Herman parpadeó.

—Caramba, ¿es que no lo sabes?

—Yo no, ¿y tú?

—No, yo tampoco. —Herman rió más divertido que nunca.

—Entiendo, te llegaste aquí para sonsacarme, ¿verdad, Herman?

—Sí, sospecho que sí. ¿De verdad no sabes nada, Paul?

—Ni palabra, Herman.

—¿Tampoco sabes lo que significa Astrea, S. A.?

—Sólo un poco.

—Demonios, en ella están los americanos.

—¿En qué cosa no están metidos hoy los americanos?

Herman sacudió la cabeza, pero no sonrió, quizá porque esta vez no captó la ironía de las palabras de Duc.

—¿Sabes lo que te digo, Paul?... Que debe ser una cosa buena, de lo mejor... ¿Por qué Astrea se iba a interesar por nosotros?

—Te daré mi respuesta, Herman. Yo vivo bien en Astrea, y las razones que me de el señor Lautman han de ser muy poderosas para que diga que sí.

Herman se dirigió hacia la puerta.

—Será mejor que regrese a mi habitación. Quizá el señor Lautman se presente de un momento a otro y no conviene que nos vea juntos.

—Eso digo yo.

—Eh, Paul, si esta noche no tenemos nada que hacer, iremos juntos a cenar... Yo te invito, claro. —Herman guiñó un ojo—. Conozco un sitio, que es algo especial... Te agradecerá, muchacho.

—Trato hecho.

Schneider salió soltando una risotada.

Raymond Duc se puso un traje de entretiempo. Se estaba haciendo el nudo de la corbata frente al espejo cuando sonó el teléfono.

—Paul Cortell al habla —dijo.

—Bien venido, señor Cortell soy Maximilien Lautman.

Señor Lautman, no me gustan los misterios, un rato más y me habría marchado.

—Perdone, señor Cortell, pero hasta ahora no pude ocuparme de usted. ¿Tuvo buen viaje?

—Deje el protocolo, Lautman.

—Está bien, iremos al grano. Esta noche celebraremos una reunión en el salón Azul de este hotel.

—¿Cuántos son los invitados?

—Una media docena.

—¿Por qué aquí?

—He pensado que este hotel ofrece las mejores garantías para una recepción privada.

—¿No ofrece más garantías su casa?...

—Sería imprudente que unas personalidades como ustedes fuesen a parar a un mismo domicilio privado. En cambio, ¿qué inconveniente hay en que hayan coincidido en un hotel?... Usted y las otras personas han viajado desde distintos puntos de Europa.

Raymond guardó silencio.

—¿Sigue sin gustarle la idea, Paul?

—Quizá me guste un poco más.

—Eso esperaba. Recuerde, Cortell, la cena es a las nueve.

—No faltaré.

—Hasta luego, Paul.

Raymond esperó a que se cortase la comunicación para colgar el auricular. Encendió un cigarrillo.

Pensó en el Viejo y en que estaría nervioso preguntándose lo que el embajador volante de Astrea, S. A. estaría tramando.

Pero no podía hacerle llamada alguna porque cabía la posibilidad de que el teléfono estuviese interferido. ¿No era Lautman el que había reservado aquellas habitaciones...?

Justo en aquel momento sonó otra vez el teléfono.

—¿Sí?...

—Hola, Paul... Soy Herman.

—¿Qué pasa?

—Ya hablé con Lautman.

—Yo también.

—Se nos aguyó la fiesta. No creí que Lautman lo tuviese todo preparado para tan pronto... Bueno, así sabremos antes de qué se trata. ¿Tomamos un martini juntos, Paul?

—Lo siento, Herman, pero he de ver a cierta persona, una mujercita.

Herman rió.

—Bonita, ¿eh?

—Seguro... Nos veremos luego.

Raymond colgó y salió de la habitación.

Al abandonar el hotel, tuvo la extraña sensación de que unos ojos lo vigilaban. Otras veces le había ocurrido. Su promedio de aciertos era cuatro entre cinco.

No se detuvo. Continuó adelante.

En quince minutos supo que también esta vez había acertado.

Tenía dos seguidores. Un tipo delgado con cara de asesino, y otro más fornido con aspecto de luchador de catch.

No, no podría hablar con el Viejo.

Pero tampoco se iba a estar quieto.

Anduvo por espacio de media hora y finalmente se metió en un bar. Fue derecho al lavabo de caballeros y se quedó junto a la puerta, arrimado a la pared.

Primero entró el delgado. Lo atrapó por el brazo y dio un tirón.

Enseguida entró el fornido.

—Eh, muchacho, ven acá —le dijo.

El grandullón enarcó las cejas.

Pero al ver a su compañero en manos de Raymond, se decidió a ir.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz que sonó como un latigazo.

—Ya me cansé de que me siguiesen.

—¿De qué está hablando, hermano?

—De usted y de Todo Hueso.

—No le conozco.

—Son muy malos para hacer su trabajo. Los olfatee antes de verlos... Y se van a quedar aquí quietecitos mientras yo me largo.

—Puestas así las cosas, vamos a ir con usted —contestó el

fornido—. Y será mejor que se conforme o se ganará un mamporro en la nariz.

Duc soltó un empujón al delgado enviándolo junto al fornido. Pero éste saltó a un lado evitando el proyectil. Luego tiró el puño derecho contra la cara de Raymond.

El agente del Deuxième Bureau hizo un quiebro con la cintura dejando pasar el puño del grandullón.

Fue ahora el fornido quien salió impulsado por terrible fuerza y aplastó en su camino al delgado.

Los dos entraron al mismo tiempo en el lavabo y cayeron dentro produciendo un gran estruendo.

Duc no se detuvo a ver más. Salió del cuarto y del establecimiento.

Aunque tenía la seguridad de que ya no lo seguían, decidió no correr riesgo alguno.

Entró en otro bar, despacho un martini y se entretuvo en observar a las clientes con piernas bonitas.

Por último regresó al hotel Provençal.

Preguntó a un empleado por el salón Azul y poco después se introducía en éste.

Ya había dos hombres con Lautman.

—Soy Paul Cortell.

El representante de Astrea, S. A., se dirigió hacia Duc con una sonrisa.

—Soy Maximilien Lautman, señor Cortell. Le presentaré a sus compañeros. Fred Woolley, de Londres, Albert Feyrabend, de Burdeos, y Carlo Maszola, de Roma.

Fred Woolley era alto, de modales muy finos. Pero su sonrisa resultaba gélida.

Feyrabend se parecía más a un labrador que a un hombre de negocios. Era rechoncho.

Maszola era de talla mediana, cabeza afeitada, bigote recortado.

El inglés preguntó tras los saludos:

—¿Cuando vienen los demás?

Lautman respondió:

—No tardarán. Faltan unos minutos para las nueve. En aquel momento se abrió la puerta y apareció el alemán Herman

Schneider.

Soltó una risita.

—Eh, amigos, quiero que sepan esto. Por acudir a esta cena me perdí a la mejor rubia platino de la temporada.

—Quizá le convenga, señor Schneider —respondió Lautman—. Con lo que gane de lo que salga en esta reunión, podrá comprarse todas las rubias platinos que.

Lautman le estrechó la mano y a continuación lo presentó a los demás invitados. Cuando le llegó el turno a Duc, Lautman dijo:

—Ustedes ya se conocen.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Herman.

—Yo tengo la obligación de saber muchas cosas.

—A propósito de eso, Lautman —intervino Raymond—. Me enfadé con dos de sus muchachos.

—Oh, sí, a uno le rompió la nariz...

—No me gusta que me espíen.

—Yo no ordené que lo espíasen, señor Cortell. Ya que estaba solo, le puse a su servicio dos guardaespaldas para que velasen por usted. Pero no crea que me he enfadado. Soy de la opinión que las personas torpes no tienen mucha inteligencia, pero dígame, señor Cortell, ¿dónde dejó a su guardaespaldas?

—Le di vacaciones por unos días, ya que pensé que en París estaría entre amigos.

—Y lo está, señor Cortell. Lo está.

—Eso espero.

—Bien, la reunión está completa. Podemos empezar la cena. Hablaremos del negocio después.

Lautman había elegido un buen menú y los camareros se mostraron eficientes en el servicio.

Bebieron café y encendieron gruesos y largos cigarros.

El propio Lautman se interesó en comprobar que la puerta había quedado cerrada, después que hubo salido el último camarero.

Volvió a su sillón, que estaba a la cabecera de la mesa. Se quedó de pie y deslizó la mirada por los reunidos.

Bien, caballeros, en primer lugar quiero darles las gracias por haber aceptado mi invitación... Les aseguro que no se van a arrepentir.

Hizo una pausa y dejó el cigarro en el cenicero.

Apoyó las manos en la mesa y se inclinó ligeramente hacia delante.

—Ustedes son los amos en la ciudad en que operan.

Yo diría que son una especie de reyezuelos... Han hecho una brillante carrera. Cada uno de ustedes ha amasado una gran fortuna. Salieron de la nada y hoy son gente importante. Todos sabemos lo que cuesta abrirse camino en la vida. Ustedes podrían escribir un libro acerca de los grandes problemas con que tuvieron que enfrentarse, problemas que supieron resolver con decisión y con inteligencia.

Los rostros de los presentes, incluidos el de Raymond Duc, sonreían.

—Sí, amigos. Ustedes son personalidades —prosiguió Lautman—. Y por eso Astrea, S. A., los ha elegido.

El brusco giro del discurso de Lautman fue acogido con interés.

—Caballeros, existe algo muy importante que les impide un más alto desarrollo. La policía en ciertos países, la Interpol, incluso ciertas agencias de investigaciones privadas, se oponen a que ustedes prosperen... Astrea, S. A., conoce perfectamente los esfuerzos que ustedes realizan para luchar contra sus enemigos... Astrea, S. A., está al corriente de las cuantiosas sumas de dinero que invierten para burlar a sus perseguidores. Pero ustedes no podrán continuar mucho tiempo sosteniendo esta lucha en solitario... Es necesario que se unan todos los fuertes. ¿No ha hecho la ley lo mismo?... Sí, caballeros, eso es exactamente lo que los gobiernos de los países del mundo han tramado contra los esfuerzos individuales. Por eso se hace más preciso que nunca el que todos nos unamos. Astrea, S. A., comprendió esa necesidad de organizar un frente común. Fue el instinto de conservación, ese instinto que aparece en el individuo apenas nace... Pero los planes de Astrea, S. A., no se limitaron a establecer un sistema defensivo. Aspira a otra cosa, a algo más... En un plazo breve, pasaremos a la ofensiva.

—¿Qué quiere decir eso, Lautman? —preguntó Schneider.

—¿No lo adivina? —rió Lautman, con los ojos entornados.

—Es posible que lo adivinemos —contestó Raymond—. Pero sería mejor que usted lo explicase para no dar lugar a un malentendido.

—Muy bien. Se lo diré en pocas palabras, aunque no estoy

autorizado para entrar en detalles —hizo una pausa y agregó—: Astrea, S. A., pretende apoderarse de todos los resortes del gobierno mundial.

—¿De qué forma? —preguntó Duc.

—Acabo de decir que mis poderes no llegan al punto de poder explicarles detalladamente el plan de Astrea, S.

A. Es

o les será comunicado a ustedes por nuestro jefe, exactamente dentro de dos días... La reunión tendrá lugar en la isla de Trinidad, en el Caribe.

Herman Schneider se frotó las manos.

—Demonios, eso no está nada mal. Una sociedad que reunirá a los hombres más poderosos de la tierra, y éstos somos nosotros.

—Un momento, Herman —dijo Raymond—. Necesitamos ciertas garantías, señor Lautman.

—¿Garantías sobre qué?

—Usted se ha puesto en contacto con nosotros como representante de Astrea, S.

A. Pa

ra nosotros es sólo un hombre.

—Soy algo más que un hombre.

—Es sólo su palabra, Max. Necesitamos saber quiénes son los miembros de Astrea y quién la dirige, de qué forma está organizada y por qué clase de reglamento se rigen sus asociados...

—Ya le he dicho que todo eso lo sabrán en la reunión de Trinidad.

—Pero usted nos tiene que dar un pequeño avance, al menos para saber a qué atenernos... Ande, díganos, ¿quién es el jefe?

—Eso no lo sabrá ninguno de ustedes hasta que lo vean personalmente.

—Está bien, hablemos de los miembros.

Lautman se mojó los labios con la lengua.

—Les diré algunos nombres, aunque ni siquiera para eso estoy autorizado.

—Adelante —lo animó Duc.

—Chuck Bern, supongo que habrán oído hablar de él.

El italiano Cario Maszola dijo:

—Conozco a Chuck. Me lo presentaron en Las Vegas. Es dueño

de cuatro casinos y media docena de garitos. También tiene intereses en Miami, en Tampa y en Reno... Yo diría que es el rey del juego en el Medio Oeste de Estados Unidos.

—Gracias por los detalles, señor Maszola —sonrió Lautman—. Diré otro nombre... Roddy Walker, de Los Ángeles.

—¿Es el Walker del sindicato de camioneros? —preguntó Fred Woolley, de Londres.

—Sí, señor Woolley. Es el hombre fuerte de California. Últimamente se ha rumoreado que influyó decisivamente en las elecciones municipales de seis ciudades importantes de su Estado... A una orden suya, medio millón de hombres declaran una huelga...

—Otro nombre —apuntó Herman.

—No puedo agregar más afiliados a Astrea, S.

A. Co

nocerán ustedes a cada uno de ellos en la reunión cumbre que se celebrará en Trinidad. Naturalmente, también conocerán al jefe, el cerebro de este maravilloso plan... Caballeros, es necesario que ahora me den su respuesta... Debo anticiparles que no se tomarán represalias contra aquel que se niegue a adherirse a nuestra organización.

—Puede contar conmigo —dijo Albert Feyrabend, de Burdeos.

—Y conmigo —habló Cario Maszola.

Herman Schneider miró a Raymond Duc.

—Leí una vez, en un libro, que jamás se debe ir contra el progreso... Siempre hemos de estar a la altura de las circunstancias y de los tiempos que corremos... Estoy con ustedes.

—Y yo también —repuso Duc.

—Gracias, no esperaba menos de ustedes —sonrió Lautman.

Tomó su copa de champaña y la levantó. Los demás lo imitaron poniéndose en pie. —Me permitirán que yo haga el brindis— dijo Lautman.

Sus invitados hicieron gestos afirmativos.

Pero antes de que Lautman iniciase el brindis, llamaron a la puerta.

Lautman hizo una señal a Cario Maszola y éste acudió a abrir.

Apareció en el hueco uno de los camareros que había servido la mesa.

—Hay una señora que busca a uno de sus invitados —dijo.

—¿Quién es?

—La señora de Paul Cortell. Quería entrar aquí para saludar a su esposo, pero yo le he dicho que esperase un momento.

Raymond Duc tuvo la impresión de que su cuerpo se quedaba tan rígido como el hielo.

Todos lo estaban mirando, Dejó su copa sobre la mesa y dijo.

—Hablaré con Tania —y se dirigió hacia la puerta.

—De ninguna manera —repuso Lautman—. Camarero, haga pasar a la señora Cortell.

Duc fue a protestar de nuevo, pero ya el camarero se había alejado.

Estaba listo. Iba a ser descubierto por la esposa de Paul Cortell.

CAPÍTULO III

Entró una pelirroja. Era sensacional.

Bella, hermosa, con unas piernas esbeltas y unos senos bien formados, enhiestos. La boca roja, como una herida sangrienta.

Raymond movió la mano hacia la axila donde tenía la pistola, porque había decidido que era el único modo que podría salir del laberinto en que se encontraba.

—Paul, querido, —dijo la pelirroja y como hacia él.

La joven le echó los brazos al cuello y lo besó en la.

Fue el primer beso de mujer que sorprendió a Raymond Duc.

Ella apartó su boca de la de él y dijo:

—Cariño, te has quedado de piedra... ¿O es que me vas a decir que otra vez te dio la faringitis?...

—No, querida, me encuentro bien, es que no te esperaba.

—Oh, sí, comprendo. Pero el caso es que mi madre mejoró mucho en los últimos días y decidí darte la sorpresa.

—Pues me la has dado...

Raymond estaba algo más que sorprendido. Estaba confuso. ¿Por qué la mujer de Paul Cortell lo identificaba como si realmente él, Raymond, fuese su marido?...

—Paul, ¿es que no me vas a presentar? —dijo la pelirroja mirando sonriente a los hombres que contemplaban la escena.

—Perdona, Tanía —dijo Duc y, a continuación, presentó a su supuesta esposa a sus compañeros de cena.

Maximilien Lautman fue el más explícito.

—Señora Cortell, había oído hablar de su belleza, pero crea que todo lo que me dijeron resulta pálido ante la realidad.

—Señor Lautman, debe ser usted poeta.

—Sólo en mis ratos libres... y tengo tan pocos.

Duc tomó del brazo a la pelirroja.

—Querida, será mejor que nos marchemos.

—¿Ya terminaste tu reunión?

—Sí, justamente nos sorprendiste en el brindis.

—Eso me recuerda que no llegué a pronunciarlo —dijo Lautman.

Alargó su copa de champaña a la pelirroja.

—Lo hará usted con nosotros, ¿verdad, señora Cortell?

—Encantada.

Lautman escanció en otra copa.

Raymond miró a los ojos de la mujer y ella a su vez lo miró a él.

Los ojos de Duc dijeron: «¿Qué te traes entre manos, rojiza?... ¿Por qué no me has desenmascarado?»...

Trató de encontrar una respuesta en los de Tanía, pero sólo alcanzó a distinguir en ellos un brillo de regocijo.

—Caballeros —dijo Lautman—, no son éstas las palabras que iba a pronunciar, pero celebro la oportunidad de cambiar mi brindis. Por la hermosa señora Cortell y porque nos acompañe en nuestros ratos de ocio en Trinidad.

—¡Trinidad! —repitió la pelirroja—. ¡El Caribe!... Oh, Paul, ¿por qué no me dijiste que me ibas a llevar?

—Querida, sería mejor que regresases a Budapest, junto a tu madre.

—Ni lo pienses. Es la primera oportunidad que tengo de ir al Caribe, y ya oíste al señor Lautman, soy su invitada.

—Desde luego —cabeceó Lautman.

—Y nosotros aceptamos, ¿verdad, Paul? —sonrió la joven.

—Sí —asintió Duc de mala gana. Luego bebieron el champaña.

Raymond empujó suavemente a la pelirroja hacia la puerta.

—Mi mujer y yo hemos de hablar en privado, discúlpennos...

—Señor Cortell —dijo Lautman—. Pasado mañana han de estar en Trinidad. Hospédense en cualquier hotel. Astrea, S. A. los localizará.

—No faltaré.

—Espero verla de nuevo, señora Cortell.

—Será un verdadero placer —contestó la pelirroja.

Raymond y Tania salieron.

La joven todavía sonreía.

—Ah, querido —dijo de pronto—. Me dijeron en la recepción

que sólo reservaron habitación para ti y me permití tomar otra.

Entraron en el ascensor y Raymond no habló nada hasta llegar a la quinta planta, que era donde Tania tenía su habitación, la 114.

Echaron a andar por el corredor.

Raymond vio que el ascensor iniciaba el descenso y entonces atrapó a la pelirroja por el brazo.

—¿Por qué no me has descubierto?

—¿Qué dices, Paul?

—Déjate de Paul.

—Cariño, no te comprendo... Hablaremos luego, ¿quieres?... Ahora tengo mucho trabajo, figúrate, deshacer mi equipaje... Anda, sé bueno y ve a darte una ducha.

Tania lo besó suavemente en los labios, dio media vuelta rápida y se alejó.

Raymond se había quedado quieto. Estaba pensando en algo. ¿Y si él se parecía a Paul Cortell? Eso era absurdo. ¿Cómo se le podía ocurrir semejante tontería?

La pelirroja le dirigió una sonrisa y le echó otro beso antes de desaparecer en el interior de la habitación 114.

Duc bajó rápidamente por la escalera.

No vio a ninguno de sus compañeros de cena en el vestíbulo y eso quería decir que todavía estabas reunidos con Max Lautman.

Echó andar por la calle y poco después se metió en un taxi y le dijo al conductor que lo nevase a la plaza de la Estrella.

Quería cerciorarse de que ahora no lo seguían.

Por fin llegó a la conclusión de que Lautman había retirado a sus espías.

Bajó en la plaza de la Estrella y se metió en un bar caro.

Fue derecho a la cabina telefónica y, una vez dentro, marcó el número del Viejo, el que conocía muy poca gente.

—¿Sí?... —oyó la voz del Viejo.

—Raymond Duc al habla.

—Informe...

Catástrofe.

—¿De qué se trata?

—Tania Cortell apareció en la reunión.

—¡Dios mío, no puede ser!...

—Claro que puede ser. Pero ahora viene 1© bueno, jefe. Ella se

comportó como si yo fuese su esposo.

¿Eh?

—Ya lo oyó.

—¿Dónde está ella?

—Dos plantas más arriba de mi habitación, en el hotel Provençal... Mi querida mujerona dijo que tenía mucho trabajo. Deshacer su equipaje.

—Es lo más absurdo que oí en mi vida.

—Con eso no arreglo nada.

—Está bien. Dígame su número y cuelgue.

—¿Qué va a hacer, jefe...?

—Hablaré con nuestra embajada en Budapest y les soltaré una bronca por no haberme informado de que Tania Cortell ha volado hasta París.

Raymond dijo el número del teléfono desde el que hablaba y colgó.

Encendió un cigarrillo.

Una señora muy elegante se acercó a la cabina y golpeó los cristales.

Duc le señaló el teléfono para indicarle que estaba esperando una llamada.

La señora elegante le contestó con un gesto hosco, pero se marchó en busca de otra cabina.

Ya habían transcurrido diez minutos cuando sonó la campanilla.

Raymond descolgó rápidamente.

—¿Raymond? —dijo el Viejo.

—No es Tania.

—¿Cómo?

—Tania Cortell continúa en Budapest.

—¿Está seguro?

—Claro que lo estoy. El agente que la vigila la vio apenas hace dos horas. Descríbame a esa mujer que supuestamente es Tania.

—Veintitrés años, cabello rojizo, ojos azules, 170 de talla.

—No siga, no siga...

—¿Qué pasa...?

—Ésa no es Tania Cortell.

—¿Por qué no?

—Tania mide 165. Tengo su ficha delante de mis ojos.

—¿Qué más dice su ficha?

—Cabello rojizo.

—Igual que el de ella.

—Pero los ojos no son azules, sino verdes, me refiero a los de la auténtica Tania...

—¿Quién es, entonces?

—Eso es lo que también quisiera saber.

—Yo lo sabré muy pronto.

—¿Qué va a hacer, Raymond?

—Sostendré una conversación con ella.

—Tenga cuidado, Raymond.

—Descuide, lo tendré.

—Esa mujer puede ser peligrosa.

—Jefe, ¿sólo me tiene que decir eso...?

—No me gusta nada la situación que se ha creado con la llegada de esa mujer.

—Hasta luego, señor.

Duc colgó y salió de la cabina furioso.

Pero no le convenía tal estado de ánimo. Tenía que serenarse para ajustarle las cuentas a aquella entrometida.

Bebió en la barra un *whisky* y después regresó al hotel.

Subió directo a la quinta planta.

Ya ante la puerta 114, puso la mano en el tirador y abrió sin llamar.

Tania había elegido una buena *Suite*.

Se encontró en un saloncito.

Oyó correr el agua.

Entró en el dormitorio. La puerta del cuarto de baño estaba entreabierta.

La pelirroja tomaba una ducha. Oyó su voz.

—¿Quién es?

—Yo, querida..., tu maridito.

—Oh, Paul, enseguida salgo.

—No hace falta, querida. Yo entraré.

Duc se encaminó con paso resuelto hacía el cuarto de baño.

—¡Párate! —gritó ella.

Pero Duc no se detuvo.

Empujó la puerta.

La joven dio un chillido.

Tuvo el tiempo justo para envolverse en un albornoz muy cortito que dejaba al descubierto sus esbeltas piernas, y se apartó de la alcachofa de la que brotaba el agua.

Raymond se detuvo contemplándola.

La toalla no alcanzaba a cubrirlo todo.

—¡Sal de aquí inmediatamente, Paul!

—Nena, si Lautman nos oyese, creería que estamos reñidos.

Ella inspiró profundamente. El agua le resbalaba por la piel. Cubría sus cabellos con un gorro, pero aun así estaba muy atractiva, y ahora Raymond supo que era más perfecta de lo que había supuesto.

—Paul, no me gusta nada la forma en que te comportas.

—¿Por qué no, cariño...?

—Siempre me he bañado a solas, y también me he duchado sin compañía.

—Qué mala memoria tienes...

—¿Cómo?

—Oh, no, mi vida. Yo soy el que te enjabona la espalda... Parece increíble que lo hayas olvidado porque te marchaste unos días a Budapest.

Raymond tomó el jabón y la esponja.

—Anda, querida, date la vuelta y deja caer ese albornoz.

La joven agrandó los ojos.

—¡Si no se marcha ahora mismo, grito...!

—¿Qué es eso, Tania...? ¿Dejas de tutearme...? ¿Ya soy una persona extraña para ti...? _.

—¡Lárgate de una vez por todas, Barba Azul!

—Muy bien. Las cartas boca arriba, muñeca.

—No sé de qué me habla...

—Claro que lo sabes... Anda, empieza. ¿Quién eres tú...?

—Vuélvase.

—¿Para qué...? ¿Quizá para que puedas sacar una pistola?

—No acostumbro a bañarme con pistolas... sólo quiero ponerme el albornoz. Entonces continuaremos hablando...

Raymond dejó correr unos segundos, pero finalmente sacudió la cabeza y dijo:

—Está bien. Me daré la vuelta, pero date prisa.

Giró sobre sus talones.

Cuando volvió la cabeza, la pelirroja ya se había envuelto en el albornoz y se secaba la cara.

—Aquí no —dijo la joven—. Fuera.

Raymond afirmó nuevamente y salió del baño seguido de la pelirroja.

Ahora ella se quitó el gorro de baño. Su melena cayó en cascada sobre sus hombros.

—Vamos, muñeca, estoy esperando, ¿quién eres tú? Pero antes deja que te haga una advertencia... Quiero la verdad y sólo la verdad.

—Muy bien, señor Duc.

—¿Me conoces?

—Raymond Duc, agente del Deuxième Bureau.

—Estupendo. Ahora sólo falta que yo sepa quién eres tú.

—Jane Corey, agente del Intelligence Service.

CAPÍTULO IV

Había sobrevenido una larga pausa entre los dos jóvenes.

—Conque Intelligence Service, ¿eh? —exclamó Raymond—. ¿Desde cuándo utilizan los británicos agentes femeninos para este trabajo?

—El mundo cambia, ¿no se enteró, señor Duc...? Se descubrió recientemente que las mujeres servimos para algo más que para cocinar y satisfacer al hombre.

—No soy tan anticuado, dulzura. Pero hasta ahora no tenía noticias de que el Intelligence Service enviase mujeres a la muerte.

—Nos infórmanos de que Paul Cortell tenía una esposa en Budapest, y que el auténtico Paul fue secuestrado por el Deuxième Bureau para que un agente ocupase su lugar.

—Y así las cosas, los brillantes cerebros del Intelligence Service se preguntaron: ¿Por qué no sustituir a esposa de Paul Cortell por uno de nuestros agentes femeninos?

—Eso es.

Duc exhaló el aire de sus pulmones.

—Vas a hacer tus maletas y te vas a largar de aquí como un cohete.

La joven metió las manos en los bolsillos del albornoz y levantó la barbilla.

—Nada de eso, maridín.

—¿Maridín...? ¿Otra vez volvemos a ser marido y mujer?

—Sí, querido. Y es lo que nos conviene a los dos.

—Estás chiflada y lo está también el que te envió.

—Convénceme con una razón para que esté de acuerdo contigo, Raymond Duc.

—Me acabó de relacionar con los hampones más peligrosos de

Europa, con los reyes del vicio del viejo mundo.

—Muy emocionante, pero eso no sirve, porque ya conocíamos la identidad de cada uno de tus compañeros de mesa de esta noche... Albert Feyrabend, de Burdeos, Herman Schneider, de Hamburgo; Cario Maszola, de Roma, y especialmente conocemos mejor que a nadie a nuestro compatriota Fred Woolley.

—Muy bien, pues ya te enteraste de todo. Informas a tu jefe de que lograste un éxito completo.

—En estos momentos no sé absolutamente nada que no supiese antes de que yo apareciese en el salón Azul.

—Te voy a prometer algo, muñeca.

—¿Qué cosa?

—En cuanto yo me entere de qué clase de manejos se llevan estos tipos, pasaré un informe completo al Intelligence Service.

—¿Crees que me chupo el dedo?

—No, nena, no te chupas el dedo, pero tienes que confiar en mi.

—Antes confiaría en un escorpión.

—Querida, no deberías hablar así. ¿Es que no conoces la Historia Universal...? Tu país y el mío han luchado hombro con hombro en dos guerras mundiales, y según la mayoría, lo hicieron bastante bien.

—Precisamente, porque conozco la historia, voy a continuar en este caso hasta el fin.

—No, muñeca.

—Tu país y el mío no se entienden.

—De acuerdo. Pero tú y yo nos entenderemos. Verás lo que vamos a hacer... Me das tu dirección en Londres y yo te pasaré la información... O mejor aún, te puedes ir de vacaciones a Suiza y puedes decir a tu jefe que tu trampa salió bien... ¿Cómo se van a enterar ellos de que te encuentras alejada del peligro? —Raymond sonrió persuasivo—. Asunto arreglado. Te mandaré a Suiza lo que consiga.

Abrió un armario y sacó una maleta.

—Deja eso —oyó la voz de Jane Corey.

Al girar vio una pistola en la mano derecha de Jane.

—¿De dónde sacaste ese chisme, querida?

—Siempre lo tuve en el bolsillo del albornoz.

—Qué descuidado soy... Si el Viejo se entera de esto, me va a

dejar sin postre un par de semanas.

—Deja los chistes ahora y oye mis condiciones.

—Muy bien.

—Trabajaremos juntos. Seguiremos siendo esposos Cortell.

—Mi dulce, mi amorosa, mi fiel Tania... Si es así, habremos de empezar por tener una sola cama. ¿Qué van a decir los de Astrea, S. A., si nos ven tan alejados uno del otro...?

—Es posible que lleguemos a compartir el dormitorio, pero no te hagas ilusiones. Nunca será el mismo lecho.

—Vaya, estaba equivocado. Siempre creí que las inglesas erais un poco más comprensivas con el marido.

Raymond se estaba dando a todos los diablos.

Nunca le había gustado trabajar con una mujer como colaboradora y el hecho de que se tratase de un agente del Intelligence Service, no le hacía cambiar de idea. En ciertos momentos, una mujer, sea cual fuere su profesión, era un estorbo.

Se pasó una mano por la mejilla.

—Creo que no tendré más remedio que claudicar, Jane.

—Queda la estrangulación.

—Sí, me temo que no tienes otra alternativa.

—Es mejor que renuncies a la idea de deshacerte de mí... Y si te sirve de alivio, recuerda que nuestros intereses son comunes... Ambos perseguimos lo mismo. Acabar con Astrea, S. A.

—¿Qué sabes de Astrea, S. A.?

—Que sus accionistas son los peores tipos de los Estados Unidos. Ni con lupa los hubiesen elegido mejor... Chuck Bern, de Las Vegas; Roddy Walker, de Los Ángeles; Spring Dereck, de Chicago... Y al parecer ahora, tratan de ampliar el capital social con europeos de su mismo calibre.

—¿Qué más?

—El resto lo dirás tú.

—Por ahora no sé nada.

—No, Raymond, eso no es verdad. Lautman se refirió a una reunión que tendrá lugar en Trinidad y que se celebrará pasado mañana.

—Cariño, no nos dijo nada acerca de lo que se va a tratar en esa reunión, aunque cabe suponerlo. Allí se establecerá definitivamente el plan de Astrea, S. A., y conoceremos al jefe.

—¿No dijo quién es?

—Los poderes del señor Lautman no llegaban a tanto.

—No me gustaría que me engañases ahora, Raymond.

—A mí, por el contrario, me gustaría hacerlo, pero da la casualidad de que no tengo con qué.

—Muy bien, tú y yo estaremos mañana en Trinidad.

—Dime, ¿quién es tu jefe?

—*Sir Howard Cley.*

—¿En qué estaba pensando *sir Howard Cley* para meterte en este asunto? ¿Es que se acabaron los hombres en el Intelligence Service?

—¿Quieres que te diga por qué me eligieron?

—Si no es demasiado secreto...

—Lo era, pero ya no importa.

—Anda, suéltalo.

—Muy bien, gran hombre. *Sir Howard* me eligió teniendo en cuenta a cierto agente del Deuxième Bureau que se ha distinguido en sus trabajos por sus éxitos con las mujeres.

—No entiendo eso.

—Te lo diré de una vez por todas. Mi jefe supone que tú eres un caballero, al que yo podía conquistar con mis... llamémosles encantos.

—Conque sí, ¿eh...? *Sir Howard* ha pensado que yo caería como un estúpido entre tus lindas zarpitas.

Ella levantó las manos. Los dedos poseían uñas largas pintadas de rojo.

—Justamente me había dejado crecer las uñas después de mi último trabajo en Hong Kong. Allí acabé con cierto doctor chino que se dedicaba al bonito negocio del opio...

—¿Y antes?

—Eliminé a una pandilla internacional que operaba en Turquía. Vendían secretos atómicos cuya mayoría procedían de las oficinas del Gobierno de Su Majestad Británica.

—Qué decepciones sufre uno en la vida. Cualquiera diría que acabas de salir del colegio.

La chica hizo un movimiento rápido con la pistola utilizando la mano izquierda.

La descargó y cargó en fracciones de segundo y ya estaba apuntando otra vez a Duc.

Él se puso a aplaudir y Jane dijo sonriente:

—Ni siquiera te di tiempo para respirar. Apuesto a que tú no lo haces tan rápido.

—Bravo, nena. El Gobierno de Su Majestad debe estar muy satisfecho de tener una hijita tan adelantada.

—Ya acabó la demostración. Márchate de aquí. Voy a vestirme.

—Muy bien, hasta Trinidad, preciosa.

—Eh, ¿qué dices...? Se supone que somos marido y mujer. Hemos de viajar juntos... Pueden estar vigilándonos, y les va a extrañar mucho que no estemos, juntos en una *suite*.

—Al fin y al cabo, es frecuente que un matrimonio tenga desavenencias. Lautman sabrá comprenderlo.

—Ni hablar de eso.

—¿Por qué no?

—Te estás preparando para deshacerte de mí... Eso es, le dirás a Lautman que reñimos y que no podrás llevarme contigo a Trinidad. Pero yo no te lo voy a permitir, ¿lo oyes bien...?

Duc dio un suspiro.

—Oye, Jane, admito que no me gusta nada tu compañía porque, como dije antes, éste no es un trabajo de mujer, pero si fue tu jefe quien te mandó, allá él con las consecuencias... Te jugaré limpio. Ahora mismo me marcharé a mi habitación y llamaré al *comptoir* para pedirles una *suite* matrimonial. Nos trasladaremos a ella.

Ella cerró los ojos y fue a decir algo. Pero él la interrumpió.

—Sí, cariño, estoy de acuerdo con las reglas del juego. Te respetaré como si fueras una columna de mármol, fría y Usa.

—¿Yo una columna...?

—Era una metáfora para hacerte comprender que para mí no tienes un solo encanto. Aunque ello eche por tierra las esperanzas de *sir* Howard Cley.

—¡Eres un miserable!

—¿Conforme con las condiciones?

Ella estaba muy furiosa. Los ojos le relampagueaban.

—De acuerdo. No tengo más remedio que conformarme. Admito que, en las presentes circunstancias, no debemos dar lugar a una desavenencia matrimonial.

—Te enviaré un empleado para que se ocupe de tu equipaje. Nos veremos en nuestra *suite*, amada esposa.

Raymond salió de la habitación y se encaminó a la suya.

Era una sorpresa que no había previsto el Viejo, la aparición de Jane Corey.

Pero tampoco él. Raymond, podía imaginar que el Intelligence Service hubiese tomado cartas en el asunto.

Hasta cabía esperar que otros agentes de otras naciones fuesen apareciendo en las circunstancias más insospechadas, como había ocurrido con Jane Corey. ¿No formaban parte de Astrea, S. A., accionistas, reyes del hampa, de muchos países...? Por aquel camino, podía llegar el momento que hubiese más policías que tipos como Chuck Bern, Roddy Walker, Herman Schneider, etc., etc.

Se puso en comunicación con la dirección y no hubo dificultad en conseguir una *suite* matrimonial en la planta cuatro. Así, Raymond tenía que subir una y Jane bajar otra.

A poco, un empleado se presentó para hacerse cargo de su equipaje.

Fue con él a la *suite*. Jane todavía no había llegado.

Quedó a solas después de haber dado una propina al empleado.

Encendió un cigarrillo y entró en el dormitorio.

La cama era muy amplia, para dos. Pero en ella sólo dormiría Jane...

Oyó que la puerta se abría a su espalda.

Entró otro empleado llevando una maleta.

Tras él apareció la joven que exhibía ahora un vestido muy mono, un gran medallón sobre el pecho, y el bolso a la diestra.

Raymond despidió al botones con una propina.

—Al fin solos —dijo él.

Jane le dirigió una mirada sospechosa.

Pero no contestó. Cruzó la estancia y se asomó al dormitorio, tal como había hecho Raymond.

—¿Dónde vas a dormir, Ray? —preguntó.

—En el sofá, claro... Lástima de los tiempos en que Francia e Inglaterra formaban la entente cordial.

—Fue culpa vuestra. Habéis querido prescindir de nosotros en el Continente.

—Es posible. Pero nunca es tarde para rectificar —dijo Duc y se encaminó hacia ella.

—Eh, ¿qué vas a hacer?

—Restablecer la entente... ¿No somos nosotros ahora los representantes de la Gran Bretaña y de Francia?

Llegó ante la joven y le pasó el brazo por la cintura.

Luego, sin pausa, la besó en la boca.

Jane dejó languidecer los brazos.

Al fin Ray se apartó y ella dijo:

—No lo comprendo.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Tú éxito con las otras mujeres.

—¿Es que no te gustó el beso?

—Ni pizca.

—Bien, sólo fue un beso de repertorio. Ahora ejecutaré otro con más fuerza persuasiva.

Pero Raymond no llegó a besarla, aunque acercó bastante sus labios a los de ella.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Maximilien Lautman manejando una pistola en la zurda.

Poco después, detrás de Lautman llegaron el alemán Herman Schneider, el italiano Cario Maszola, el inglés Fred Woolley y el francés Albert Leyrabend. Y todos ellos, como Lautman, fueron exhibiendo su pistola particular.

El último en entrar, Feyrabend, cerró la puerta.

—Eh, amigos —dijo Raymond que todavía seguía enlazando por la cintura a Jane—. ¿Qué es esto? ¿Un concurso de tiro?

—¿Cómo lo acertó, Duc? —repuso Lautman.

—¿Qué nombre ha dicho?

—El suyo, el verdadero... Raymond Duc.

—Se equivoca... ¿No le recuerda...? Soy Paul Cortell, de Marsella.

—No, muchacho... Usted es Raymond Duc, agente del Deuxième Bureau, y no es preciso que lo siga negando porque lo sabemos bien. También sabemos quién es ella.

—Soy Tania Cortell —dijo la pelirroja—. La esposa de Paul.

—No, querida. Usted es Jane Corey, agente del Intelligence Service... Los dos han sido desenmascarados, y como recompensa a su trabajo en equipo les vamos a dar el mejor premio. Van a morir juntos...

CAPÍTULO V

Jane dio un gritito y se apartó de Raymond. Conservaba el bolso en la mano y lo apretó contra pecho.

—Nena —dijo Lautman—. Suelta ese bolso como si estuviese al rojo vivo. Sé que en él guardas una pis...

Oh, no... Sólo tengo mi lápiz de labios y mi polvera.

Eso quiere decir que la polvera arroja balas. Los del Intelligence Service saben arreglárselas bien para que sus agentes den la sorpresa... ¡Fuera bolso...!

Así diciendo, Lautman arqueó el dedo en el gatillo.

Fue el argumento más convincente para que Jane dejase caer el bolso en el suelo.

Raymond se pasó un dedo por el cuello de la camisa.

—Eh, no hagas eso —dijo Lautman—. Le aseguro que el Deuxième Bureau todavía no inventó una pistola en forma de cuello.

—Un chiste más y te vas al otro mundo.

—Antes le gustaban mis ingeniosidades.

—Eso fue hace un millón de años.

—Pues no está usted tan viejo...

—¡Silencio, maldita sea!

—Va me callo.

Se produjo una pausa.

Lautman sonrió mostrando sus dientes, parejos y grandes.

—Creyeron que me la podían pegar...

—¿Cómo lo supo, Lautman? —preguntó Raymond porque una de sus tácticas en aquellas circunstancias era ganar tiempo.

—Por ella.

Raymond dirigió una sarcástica mirada a Jane.

—¿Lo has oído, cariño...? Tu Intelligence Service se cubrió de gloria. Por algo dijo mi jefe que nunca me debía fiar de los ingleses.

Jane señaló a Lautman con el dedo.

—No puede usted matarme.

—¿Por qué no...?

—Soy una mujer.

—¿Quién te ha dicho eso...? Uña condenada espía nunca es una mujer... Al menos para mí. Los espías no tienen sexo.

—Hermoso título para una película. —Raymond carraspeó—. Siento interrumpir tan emocionante discusión entre ustedes, pero me ha dejado intrigado, señor Lautman. Ha dicho que nos descubrió por ella, pero no ha dicho por qué.

—Es la mar de sencillo. Yo tenía una descripción de la verdadera Tania Cortell.

—Me temo que únicamente el Intelligence Service no tenía una descripción de esa mujer.

—Si ella era una falsaria, usted también tenía que serlo porque actuó con la pelirroja como si realmente fuese su esposa... Puse en marcha a mis confidentes y en unos minutos supe la verdad.

—Está bien, Lautman. Usted ganó el juego... Ahora ya se puede marchar... Jane y yo nunca podremos estar presentes en esa maravillosa reunión que preparan en Trinidad.

Lautman lanzó una carcajada.

—Ésa fue la mejor gracia de todas las tuyas, Duc. Herman y todos los demás corearon la risa de Lautman.

Raymond se frotó las manos.

—Celebro que mi talento sea reconocido por personas tan importantes. Pero ahora, si ustedes lo permiten, Jane y yo querríamos estar a solas. Como ustedes habrán visto, nos sorprendieron en el momento en que estábamos ensayando nuestro papel de marido y mujer. Un poco más y nos saldrá a la perfección... Claro que tendremos que ponerlo en práctica en nuestro próximo trabajo. Quizá en Tokio, en Melbourne, o en Quebec...

—O en el infierno.

—Sí, es posible... Creo que a Satanás le divierten las escenas escabrosas.

—Es una lástima que no sepamos si a Satanás le divierten o no,

porque sólo ustedes dos irán allí.

—No sea tan optimista, señor Lautman. Estoy seguro que usted, tarde o temprano, se cocerá en su propio jugo. El infierno es un lugar que está hecho para usted.

—Suponiendo que sea así, usted me va a preceder con mucha ventaja, y por favor, envíeme una carta o un telegrama para informarme de cómo se pasa allí.

—Cuenta con ello.

Raymond había buscado una oportunidad inútilmente. Eran demasiados hombres con pistola.

Y todas las armas, excepto dos, lo apuntaban a él.

—Haz algo, Raymond —dijo Jane.

—¿Qué cosa, pequeña...?

—*Sir* Howard me aseguró que tú eras un hombre de gran inventiva.

Lautman se carcajeó otra vez.

—¿Es que no oye a su compañera, Duc...? Ande, dígame que la sacaré del atolladero. Que con usted no pueden ni seis armas...

—Quiero pedirle un favor, Lautman.

—¿De qué se trata?

—Déjeme que me tome la píldora contra la úlcera. Lautman rió hasta que las lágrimas le brotaron en los ojos.

—¿Oyeron eso...? Una píldora para la úlcera... Usted no tiene úlcera, Duc, pero la tendrá dentro de unos momentos. Una úlcera que se le va a perforar.

Lautman hizo una señal y Feyrabend abrió la puerta.

Otros dos hombres entraron.

Los dos eran altos, con cara de asesinos profesionales.

Lautman les dirigió una mirada y eso fue suficiente para que los recién llegados sacasen también su pistola.

Sus armas se diferenciaban de las que hasta ahora se habían exhibido. Tenían silenciador.

Uno poseía pómulos altos y mejillas hundidas, y el otro mostraba una cicatriz en la frente, como un picotazo.

Lautman dijo:

—Éste es Bruno, y éste Jacques.

Bruno era el de los pómulos altos y Jacques el de la cicatriz en la frente.

—Encantada de conocerlos —dijo Jane con aire jovial.

—Ellos también están encantados —repuso Lautman—. ¿Verdad, muchachos?

Bruno y Jacques hicieron sendos movimientos afirmativos con la cabeza.

—Cariño —dijo Raymond—. Es nuestro pelotón de ajusticiamiento.

—Oh, no... ¿Por qué unos muchachos tan simpáticos van a hacer una cosa tan fea?

Lautman rió apretando los dientes.

—Como actriz no ganarías un Oscar, muñeca, pero tengo que decirte una cosa. Pierdes el tiempo si crees que con un guiño de ojos vas a conquistar a uno de los muchachos. Son profesionales, de lo más duro que he conocido... Buen viaje...

Lautman guardó su pistola y los futuros accionistas de Astrea lo imitaron.

Fueron saliendo de uno en uno.

Lautman fue el último en hacerlo. Hizo un saludo con la mano, y desapareció cerrando la puerta a su espalda.

Jane dio un suspiro.

—Tengo un bonito juego en la maleta,
pim-pom
de a cuatro.

Bruno dejó oír su voz y las palabras salieron por entre sus labios como el escape de un neumático.

—No te muevas una pulgada, nena, o te hago un agujero antes de tiempo.

—¿Cómo puede hablar de hacer un agujero a una mujer como yo?

—Ya oíste a Lautman. Tú no nos vas a conquistar con tus arrumacos de gata. De modo que a callar...

Jane dirigió una mirada suplicante a Raymond.

—Raymond, promételes dinero y que no les pasará nada...

—¿Por qué yo?

—Estamos en tu país. Esto es Francia.

—Lo siento, Jane, pero de estos dos tipos sólo hay un francés y apuesto doble contra sencillo a que no es un patriota.

Jacques, que hasta entonces había estado callado, dijo:

—Odio a los polis.

—¿Y por qué los odias, Jacques?

—Siempre me la han jugado. Pero esta vez no va a ocurrir así.

—Seguro que no —repuso Raymond—. Vosotros y yo vamos a hacer un pacto...

—¿Qué pacto? —preguntó Jacques.

—Dejaremos correr el tiempo, pongamos quince minutos. Luego os marcharéis. Yo os olvidaré a vosotros y vosotros os olvidaréis de mí... ¿Veis qué bien?

Bruno y Jacques estaban inmóviles como estatuas.

—¿Crees que somos idiotas? —dijo Bruno.

—Hablabas en serio.

—Claro, ¿por qué no...? Es tu piel la que está en juego y no la nuestra.

—Matar a un policía se castiga con mucha gravedad, con la muerte, vosotros lo sabéis... ¿Correas ese riesgo?

Fue Jacques quien contestó.

—No me perdería ese riesgo por nada del mundo.

—Yo tampoco —dijo Bruno.

Jane lanzó otro grito al darse cuenta de que Raymond no había conseguido nada con su oferta.

Los dos asesinos levantaron las pistolas.

Bruno apuntó a Raymond y Jacques lo hizo a Jane.

—Esperen un momento —dijo la muchacha.

—¿A qué tenemos que esperar? —inquirió Jacques.

—Quiero escribir una carta.

—A su jefe, ¿eh?

—No, a mi madre, ustedes tienen que comprenderlo... Soy hija única...

—Pobre mamá —dijo Jacques.

—Gracias, terminaré enseguida.

Jane se encaminó hacia la mesa del pequeño saloncito.

—¡Alto! —gritó Bruno.

La joven se detuvo temblorosa como si la hubieran puesto en contacto con una corriente eléctrica.

—Creí que estábamos de acuerdo en que le escribiese una carta a mi madre.

—No hay carta de despedida —repuso Jacques—. Sólo cuentas

con diez segundos para dedicar un cariñoso recuerdo a tu querida mamá.

—¿Diez segundos...? Es muy poco tiempo.

—Ya agotaste dos, y te quedan ocho.

Jane cruzó los dedos de la mano sobre el pecho y cerró los ojos. Sus labios murmuraron algo ininteligible.

Raymond soltó una maldición para sus adentros.

¿Era así como los hijos de la Gran Bretaña hacían frente a un peligro de muerte...? ¿En qué había estado pensando *sir* Howard Cley al comisionar a Jane Corey para realizar aquella misión...?

De pronto, Jacques lanzó un aullido.

Raymond se quedó asombrado al ver la cara de Jacques. Había recibido un dardo en la frente, justo entre los dos ojos.

El agente del Deuxième Bureau era rápido de reflejos y saltó sobre Bruno.

Éste se quiso volver, pero lo hizo en el último segundo, cuando Raymond ya se había apoderado de su mano armada.

Sonó un suave estampido, pero la bala se enterró en la pared.

Duc pegó en el cuello de Bruno un golpe de judo.

El asesino se tambaleó dejando caer el arma.

Se llevó las manos a la garganta porque le faltaba la respiración.

Pero ya no podía hacer nada. Se desplomó en el suelo.

Jacques había ido a golpear su espalda contra, la puerta, luego se deslizó suavemente y también quedó inmóvil.

—Jacques está muerto —dijo Jane—. El dardo estaba envenenado con curare.

Entonces apartó sus manos del pecho y mostró el medallón. Estaba abierto, mostrando en su interior el mecanismo que puso en marcha el diminuto proyectil.

Raymond se inclinó sobre Bruno. Le puso la mano en el corazón y se levantó.

—También Bruno se fue a hacer compañía a Jacques.

La cara de la joven estaba muy pálida.

—Bueno —dijo—. Espero que ahora cambies tu opinión sobre los agentes del Intelligence Service.

Duc hizo una reverencia.

—Te presento mis disculpas.

—Lástima que ya hayamos sido descubiertos y que no podamos

trabajar juntos... Habrías aprendido muchas cosas de mí.

Raymond sonrió.

—Sí, es una verdadera pena. Pero tú y *sir* Howard lo echasteis a perder.

Duc se encaminó hacia la mesa donde estaba el teléfono.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Jane.

—Llamaré a mi jefe. A él le gustará conocer la historia de tus labios.

—No cuentes conmigo para eso.

—Te tienes que quedar, cariño. Eres mi testigo.

—Ni hablar.

—¿Quieres que te retenga por la fuerza?

—No te atrevas a tocarme —la joven cerró el medallón.

Duc se rascó tras la oreja.

—Entiendo, ya tienes preparado otro dardo con curare, listo para clavarlo.

—Sí, Raymond, y te aseguro que no vacilaré en apretar el botón que pone en movimiento el mecanismo, si tratas de impedir que me vaya.

—¿Por qué no quieres hablar con mí jefe?

—Es la mar de sencillo. Porque *sir* Howard me lo prohibió.

La joven tomó su maleta con la mano derecha y retrocedió hasta la puerta.

—Hasta la vista, Raymond Duc.

Abrió la puerta y salió de la habitación.

Raymond no trató de ir tras ella. ¿Para qué...? Aquel asunto había quedado arruinado y nada adelantaba con atrapar a la muchacha del Intelligence Service. Ahora debía prepararse para oír al Viejo.

Llamó a la dirección y se informó de que Maximilien Lautman y los reyes del hampa europeos habían abandonado ya el hotel.

CAPÍTULO VI

—Le felicito, señor Duc. Cuando yo pase este informe a nuestros superiores, tenga por seguro que seremos el hazmerreír de todos.

Con sus últimas palabras, el Viejo pegó un soberbio puñetazo sobre la mesa.

Ravmond se miró las uñas de la mano izquierda.

—Si yo estuviese en su lugar enviaría una protesta al Intelligence Service.

—Conque sí, ¿eh...? ¡Pues entérese de una vez! Ellos pensaron lo mismo.

¿Eh?

—*Sir* Howard Cley me llamó por teléfono para decirme que lamentaba mucho que un agente del Deuxième Bureau hubiese interferido el trabajo de uno de sus muchachos.

—No era un muchacho, sino muchacha.

—No me importa lo que fuese, y tampoco parecía importarle a *sir* Howard.

—¿Qué le dijo usted?

—Que la próxima vez tendríamos más cuidado.

—Oh, sí, lo tendré porque, si vuelvo a atrapar a Jane Corey, va a conocer la fuerza de mis dedos.

—¿Qué fue de su habilidad...? ¿Por qué no prescindió de ella?

—¿Cómo iba a prescindir de mi esposa, si aparece de pronto, cuando la creo en Budapest...? Recuerde que se presentó en el momento más crítico, en plena reunión... Y lo malo es que su llegada no me permitió sonsacar a Lautman. Tenía pensado invitarlo a un *cabaret*... Ya sabe, bebida, muchachas... Creo que es el punto flaco de Max Lautman... Habría sacado partido de su debilidad, pero tuvo que llegar esa mujer para echar por tierra mi

plan...

—Basta ya, Raymond, no es momento para recriminaciones.

—Sí, lo sé... Además no dispongo de mucho tiempo. He de tomar el avión para Trinidad.

—No tomará ese avión.

¿Qué?

—Queda relevado del caso.

—No hablará en serio, jefe...

—¿Cree que estoy loco...? ¡No puede seguir en este asunto! Ellos ya lo conocen, lo han identificado... Por la razón que sea, usted ya no puede hacer nada. ¡Quedó inutilizado!

—Le probaré que se equivoca.

—No necesitará hacerlo. No le voy a dar esa oportunidad.

—Jefe, nunca le fallé hasta ahora.

—Duc, conozco cuál es su valor, y precisamente por ello lo retiro del caso Astrea, S. A.

—¿Qué pasa si tomo precauciones?

—No basta. Ya tomé una decisión y es definitiva. Mandaré a otro.

—¿A quién?

—Hubert Brunel.

—Creí que estaba convaleciente de aquel balazo que le pegaron en el brazo.

—El doctor lo dio de alta hace una semana. Le dijo que se fuese a su casa durante unos días. Ha llegado el momento de que se reincorpore al servicio. Lo he hecho llamar.

—El muchacho está desentrenado.

—Me aseguró que ha hecho los ejercicios que le ordenó el médico y que se encuentra perfectamente.

—Está bien. Ya me voy...

—Tiene que quedarse para informar a Hubert de los detalles del asunto.

—Como quiera, jefe.

—Siéntese, y espere.

Poco después, la secretaria del Viejo, Monique Duval, avisó por el interfono que Hubert Brunel acababa de llegar.

Hubert frisaba en los treinta y cinco años, y era rubio, alto, de facciones enérgicas.

El y Raymond cambiaron un saludo.

Inmediatamente, el Viejo hizo un resumen del caso y Duc amplió los detalles.

Hubert fue provisto de la correspondiente documentación. Durante su trabajo sería Raoul Ambroise, fabricante del aparatos electrodomésticos de Reims.

El Viejo, como siempre, soltó su discurso de despedida basado en el cumplimiento del deber.

—Te acompañaré hasta el aeropuerto, Hubert —dijo Raymond.

Al salir, Monique Duval se estaba pintando los labios. Interrumpió su trabajo para dirigir una mirada picaresca a Duc.

—Eh, Raymond, ¿cómo está el servicio femenino del Intelligence Service?

—En eso nos ganan —contestó Duc—. Ellas tienen mejores piernas, y creo que en lo demás también nos sacan ventaja.

—¡Traidor...! —dijo Monique.

Raymond no quiso agregar más porque se dio prisa en salir con Hubert.

Fueron al aeropuerto y los dos compañeros se dieron un abrazo antes de que Hubert subiese al avión.

Duc regresó a las oficinas.

—Por favor —dijo a una empleada—. ¿Cuándo sale el próximo avión para el Caribe?

—Dentro de veinte minutos.

* * *

Sir Howard Cley tenía el cabello y el bigote blancos, los ojos azules y una gran afición por las rubias.

Se había dicho a sí mismo mucho tiempo atrás que debía compensar el *hobby* de lady Howard, que era el de los caballos de carreras.

Era un héroe de dos guerras mundiales, pero había perdido la esperanza de serlo en la tercera. Ya había cumplido los sesenta y siete años, aun cuando él se decía muchas veces, en el espejo, que no los representaba.

La joven que tenía delante, no era rubia, sino pelirroja. Pero sir Howard había pensado muchas veces que una pelirroja podía,

excepcionalmente, ocupar el puesto de una rubia.

Jane Corey merecía, aquel trato con su 170 de talla y sus curvas tan perfectamente trazadas.

—Lo siento, *sir* Howard, pero nunca pude imaginar que Max Lautman tuviese una descripción de la verdadera Tania.

—Son gajes del oficio. Debemos congratularnos de que usted se encuentre aquí, a pesar de haber sido descubierta. Me habría dolido mucho perder a un agente como usted. Tan fuerte, tan sana, tan...

Aquí *sir* Howard se interrumpió porque pensó que iba a llegar demasiado lejos.

Rozó el blanco bigote con la yema de un dedo.

—No podemos abandonar el caso Astrea, Jane.

—No, señor —convino ella.

—Puedo asegurarle que el Gobierno de Su Majestad Británica está muy interesado en conocer el plan de esos reyes del hampa.

—No lo dudo, señor, y por ello he pensado salir inmediatamente para Trinidad.

Sir Howard se quedó perplejo mirando a la joven.

—Eso no puede ser, querida... Usted ha sido identificada.

—Cambiaré de maquillaje.

—Pero no puede variar de voz —*sir* Howard tosió suavemente mientras la miraba de pies a cabeza—. Y me temo que tampoco puede cambiar otras cosas que van con su persona.

—Por favor, *sir* Howard, tendré mucho cuidado en que no me descubran.

—Señorita Corey, le prohíbo que hable de nuestra profesión con tanta informalidad. Cualquiera diría que es usted tejedora y no agente de un servicio especial.

—Entonces, ¿qué va a hacer?

—Enviaré a otra agente por usted.

—¿A quién?

—A Dinah Crain.

—*Sir* Howard, le ruego vuelva usted de su acuerdo.

—Eso ya es imposible. Dinah recibió las órdenes oportunas y se encuentra camino de Trinidad. Naturalmente, su compañera fue informada del asunto, incluidos los detalles de última hora que usted suministró.

—¿Y qué debo hacer yo?

—Tomarse unas vacaciones de una semana... Dicen que Escocia por este tiempo es maravillosa... Justamente yo me disponía a comprobarlo... Mi hotel es el Victory Queen de Petty Road, cien millas al norte de Edimburgo, habitación 87. Si va usted allí, pregunte por Ernest, él la acomodará.

—Me temo que no podré ir. Aprovecharé las vacaciones para ver a mi amiga Priscilla. Creo haberle hablado de ella. Está en un sanatorio.

—¿Enfermedad contagiosa?

—Sí, señor.

—Entonces, no pregunte por Ernest en Petty Road.

—No, *sir* Howard.

—Le deseo unas felices vacaciones, quiero decir que haga ejercicio para no acumular grasa en ese magnífico..., bueno, en sus brazos.

Una hora más tarde, Jane Corey había decidido dónde pasar sus vacaciones.

En Trinidad, en el Caribe.

CAPÍTULO VII

El taxi corría hacia Puerto España.

La carretera estaba flanqueada por palmeras, y más allá aparecía la lujuriante floresta.

De vez en cuando, se veía alguna plantación.

El conductor parecía una persona amable y se había presentado a Raymond Duc con el nombre de Adolfo. Durante las dos primeras millas le había contado que era hijo de cubanos emigrados a Trinidad.

De pronto, a la vuelta de una curva, vieron a una rubia platino que estaba al lado de un descapotable, haciendo señas.

—¿Qué hago, señor? —preguntó Adolfo—. Parece que esa señorita está en apuros...

—Párate —ordenó Duc.

El taxi se apartó de la carretera y se detuvo detrás del descapotable.

Raymond saltó fuera.

Vista de cerca, la rubia platino estaba mucho mejor que de lejos. Poseía un rostro bello, sensitivo, y unos grandes ojos verdes. Se cubría con un vestido estampado que modelaba a la perfección sus formas.

—Perdone, señor... Pinché una rueda y, sinceramente, me resulta trabajoso sustituirla.

Raymond miró a Adolfo, que también había bajado del taxi y contemplaba la rueda desinflada.

—¿Puedes ocuparte de eso, Adolfo?

—Claro que sí, señor.

—Adelante, pues.

La joven sonrió a Raymond.

—Es usted muy amable.

—Soy Claude Lautier, recién llegado de París.

—Evelyn Saffor —contestó tendiéndole la mano.

Cambiaron un apretón de manos.

—¿Un cigarrillo, señorita Saffor? —Sí, gracias. Después de encender, Raymond dijo: —¿Viaje de placer, señorita Saffor?

—¿Cómo lo adivinó?

—Pura casualidad.

—Soy yanqui, como dicen por aquí. Un amigo me invitó a pasar unos días en su casa. Es el doctor Harold Daley. ¿Y usted, señor Lautier...? ¿También lo invitaron a pasar unos días en la isla...?

—Sólo vine como turista...

—¿Nunca estuvo aquí?

—No, es la primera vez. Me hablaron de Trinidad como un paraíso en la tierra, y tengo ganas de comprobar si no exageraron.

—Puede estar seguro de que le dijeron la verdad, señor Lautier. Vengo tres o cuatro veces por año a la isla, y es realmente prodigiosa en todos los sentidos. ¿A qué se dedica cuando no hace turismo?

—Vendo automóviles o cualquier cosa que tenga ruedas... Desde pequeño soy un fanático del motor de explosión... Y usted, señorita Saffor, ¿tiene alguna ocupación?

—Una terrible. La de dirigir mis negocios.

—Vaya, debí suponerlo.

—¿Por qué?

—Da la impresión de que es una mujer con una gran seguridad en sí misma y creo que eso sólo se consigue dominando a los hombres.

La joven lo miró fijamente a los ojos mientras decía:

—Pero usted no sabe cómo los domino.

—Me ofrezco gustoso como conejillo de Indias. Ande, empiece.

En aquel momento se oyó la voz de Adolfo. —Ya tiene lista la rueda, señorita. La joven dejó caer el cigarrillo en el suelo—. Lo siento, señor Lautier, pero tendremos que dejar el experimento para otra oportunidad. —Yo tengo mucho tiempo.

—En cambio yo no dispongo de un minuto más... El doctor Daley debe estar intranquilo... —la joven abrió su bolso y sacó unos billetes que alargó a Adolfo.

Éste trató de rechazarlos, pero finalmente los tomó.

El descapotable echó a correr.

—¿Nos vamos ya, señor? —preguntó Adolfo a Raymond, que seguía con la mirada el coche que se perdía en la distancia.

—Sí, ahora mismo.

Duc se introdujo de nuevo en el taxi. Adolfo ya estaba ante el volante y puso el motor en marcha. A lo lejos se oyó una sirena.

Un coche de la policía avanzaba raudo desde el aeropuerto.

—Déjalos que pasen, Adolfo —dijo Duc.

—Sí, señor.

—No me gusta tener jaleos con la policía. Que corran cuanto quieran. Ellos pueden hacerlo.

La sirena continuaba aullando, pero el coche policíaco disminuyó la velocidad cuando se acercaba al taxi sin tocarlo y frenó bruscamente.

Dos policías saltaron del coche con la pistola en la mano y se encaminaron hacia el taxi.

—Eh, Adolfo —dijo Raymond—. ¿Qué es lo que hiciste para molestar a estos caballeros?

Pero, entonces, Raymond se dio cuenta de que las pistolas de los policías no apuntaban a Adolfo sino al asiento de los pasajeros, donde justamente se encontraba él.

Un oficial bajó del auto policial y pasó por entre sus dos subordinados.

Era un hombre moreno, de nariz aguileña.

Abrió la portezuela y se inclinó ligeramente por el hueco.

—¿Quiere bajar, por favor?

—¿Para qué, oficial? —inquirió Duc.

—Me temo que tendrá que venir con nosotros a la comisaría.

—¿Por qué...? No me irá a decir que viajábamos a excesiva velocidad. Estábamos parados.

—Perdone, pero recibí órdenes estrictas de no informarle. Mi jefe se ocupará de ello.

—Lo siento, oficial, pero soy súbdito francés, y me temo que según las leyes de todos los países, no se puede detener a nadie sin una razón.

El oficial se pasó la lengua por los labios.

—Le ruego que no me complique la vida, señor Duc.

Raymond dio un respingo al oírse llamar por su verdadero nombre.

—¿Quién le ha dicho que soy Duc?

—Se le informará de todo en la comisaría.

—Está bien. ¿Puedo llevar mi equipaje? Es sólo un maletín.

—Desde luego.

Después de saltar del taxi, Duc pagó al conductor.

—Hasta la vista, Adolfo, y recuerda a lo que conducen las malas compañías.

—Espero que lo suelten pronto... Debe ser un error.

—Sí, Adolfo, eso es lo que espera uno siempre, cuando está en manos de los caballeros de la policía.

Raymond sonrió al oficial, que estaba muy estirado, esperando a que él, Duc, se metiese en el otro coche.

Pusiéronse en camino y al cabo de un rato, Duc dijo:

—¿Por qué tanto misterio, oficial...? Le puedo jurar que no robé las joyas de la Corona Británica. Le aseguro que vine directamente de París.

—Perdone, señor Duc, pero...

—Oh, sí, su jefe le ordenó que silenciase los motivos de mi detención.

Por fin llegaron a la comisaría.

El oficial introdujo a Raymond en el despacho del jefe, un hombre de irnos cincuenta años, calvo.

—Señor Duc, no sabe cuánto me alegra conocerle.

—Vaya, lo celebro mucho.

—Tome asiento, por favor... No todos los días tengo el honor de hablar con un personaje tan famoso.

—Jefe, me está abrumando con sus palabras... Después de todo, yo soy como un hombre cualquiera.

—Es usted demasiado modesto... He leído muchas cosas de las que ha hecho usted. Naturalmente, informes confidenciales de la policía del Reino Unido, Se trata de un servicio especial que la policía inglesa presta a sus colegas de la Commonwealth.

—Vaya, ustedes están bien organizados, pero todavía no conozco su nombre.

—Mayor Douglas Robbins...

—¿Y el oficial que me detuvo?

—Ernest Wilson... Pero no debe decir que lo detuvo, señor Duc.

—Ah, ¿no fue eso...?

—De ninguna forma, señor Duc.

—Magnífico, mayor —repuso Raymond levantándose—. Celebro mucho haberlos conocido.

—Disculpe, pero no se puede ir.

—¿Cómo que no...? Acaba de decir que no estoy detenido.

—Digamos que debemos retenerlo. Duc empezó a ponerse serio.

—Mayor, admiro a los ingleses por su sentido del humor... Pero ¿no sería mejor que me explicase de una vez, sin rodeos...?

Reinó un silencio durante unos instantes y, finalmente, el mayor Robbins sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien, señor Duc, se lo diré... Usted saldrá en el próximo avión para París.

—¿Quiere decir que me va a expulsar de Trinidad?

—Oh, no, de ninguna manera... No debe decir eso, señor Duc.

—Recuérdelo, mayor. Sin rodeos.

—Lo tenemos que devolver a su jefe.

—¿A mi jefe...?

—Estuve hablando con él por teléfono... Me dijo que usted se había insubordinado, que lo había retirado de un servicio y que usted no había obedecido sus órdenes... Me pidió que, con el mayor sigilo, lo atrapase a usted antes de llegar a Puerto España... Usted comprenderá, señor Duc... Hemos de mantener las buenas relaciones con sus superiores, No crea que presté mi colaboración de inmediato, pero su jefe me coaccionó... Dijo que acudiría a esferas más altas, a hombres que están por encima de él para lograr mi cooperación.

Duc se pasó un dedo por debajo de la nariz.

—Oiga, mayor, ¿quiere que le diga un secreto?

—Perdone, señor Duc, pero si va a hacer alguna confesión, tendré que llamar al estenógrafo...

—No, no es eso, mayor... Sólo quería decirle que vine aquí a pasar unas vacaciones, y lo puedo jurar por su Reina que fue eso lo que me dijo mi jefe, que me tomase unas vacaciones, aunque no me señaló dónde debía pasarlas. Y yo elegí Trinidad...

—Comprendo, pero tengo la impresión de que éste es el único lugar que su jefe no quería que eligiese... Lo siento, señor Duc, pero

no han cambiado nada las cosas. Usted volverá en el próximo avión a París.

—Quiero llegar a un acuerdo con usted, mayor... Me portaré como mi buen chico y mañana mismo desaparezcó de Trinidad.

El mayor hizo un gesto negativo.

—¿No, mayor...? —dijo Duc.

—No puedo.

—Oiga, en el camino del aeropuerto encontré a una encantadora mujer. Le dije que había llegado mi oportunidad de conocer esta maravillosa isla, pero está visto que tendré que seguir esperando.

El mayor hizo una señal al oficial.

—Enciérrelo, teniente Wilson... Oh, perdón, señor Duc, no quise decir eso...

—Desde luego, desde luego, mayor... Usted quiso decir que me llevasen a una magnífica celda.

—No será una celda. Estará en una habitación como ésta y quedará bajo la vigilancia del teniente Wilson.

—¿Hasta cuándo, mayor?...

El mayor consultó su reloj.

—Hay un avión que sale para París dentro de una hora y veinte minutos... Es el de usted.

—Muchas gracias por todas sus amabilidades, mayor.

—De nada. Le aseguro que fue un placer hacer algo por usted, señor Duc.

—Por aquí, señor Duc —dijo el oficial Wilson.

Raymond hizo un jovial saludo de despedida al mayor y salió del despacho precediendo a Wilson.

La habitación estaba al fondo y era, indudablemente, la que destinaban para los interrogatorios de detenidos, porque la ventana estaba provista de barrotes.

El teniente se apoyó en la puerta y señaló una silla.

—Se puede sentar, señor Duc. La espera será un poco larga. Si lo desea, puedo hacer que le traigan unos periódicos.

—No es mala idea.

—¿Franceses?...

—Da lo mismo, con tal de que sea papel impreso.

El oficial abrió la puerta unas pulgadas.

—Eh, Mallory.

—A sus órdenes, teniente —contestó una voz.

—Trae un par de periódicos.

—Sí, señor. Enseguida.

El oficial cerró la puerta y cruzó los brazos. Sonrió a Duc.

—Enseguida se los traerán.

Raymond también sonreía, pero maldecía para sus adentros.

El Viejo se oponía a que siguiese en aquella isla realizando su trabajo. Naturalmente había supuesto que él, Raymond, no iba a obedecer. No, el Viejo ya no servía para trepar por tejados o para pelear con tres hombres al mismo tiempo. Pero no se podía negar que aún le quedaba un poco de cerebro, al menos un tercio del que tuvo diez años atrás.

Apareció Mallory con los diarios, que entregó al teniente Wilson.

—Son ingleses —dijo el oficial.

—Muy bien —asintió Duc—. Los leeré con gusto. Me gusta su Prensa.

—Aquí compramos uno conservador y otro laborista. Ya sabe, estamos un poco divididos a este respecto.

El oficial Wilson se adelantó hacia Duc con un periódico en cada mano.

Por ello, a Raymond le resultó fácil asestarle un puñetazo en el maxilar inferior, pero tuvo mucho cuidado en saltar para retener a Wilson y evitar que se golpease en la caída.

Lo dejó suavemente en el suelo, porque el oficial había quedado sin sentido.

Luego Raymond se acercó a la puerta y la abrió unas pulgadas.

El agente Mallory estaba comiendo un sandwich y tomando una cerveza.

Otro policía atendía la centralita del teléfono. Ambos estaban de espaldas.

Entonces, Ray habló en voz alta para que fuese escuchado por los policías, al menos por Mallory, que estaba más cercano a la puerta.

—Gracias, teniente Wilson. Le aseguro que no me molestaron sus preguntas... No tiene por qué disculparse.

Salió sonriente de la habitación.

Mallory ya había vuelto la cabeza hacia él.

—Buen muchacho ese teniente Wilson... —dijo Ray.

—Le aseguro que es de lo mejor.

—Llegara lejos —dijo Raymond señalando la puerta.

—Ninguno lo dudamos.

—Hasta la vista.

—Que se divierta en Puerto España, señor.

—Estoy seguro de que no me va a faltar diversión.

Duc salió de la comisaría.

Estaba Ubre, pero ¿hasta cuándo?

No quiso tomar un taxi porque eso sería tanto como dejar un rastro de mofeta tras de sí.

Echó a andar rápidamente y dobló por la primera esquina.

Cuando estuvo bastante lejos de la comisaría, se metió en un bar.

Pidió un *whisky* y luego fue a la cabina telefónica. Tomó la guía y abrió ésta por la página de los hoteles.

Marcó cuatro números antes de que le diesen una respuesta afirmativa. Sí, Raoul Ambroise se hospedaba allí, en el hotel Nueva Caledonia. No, el señor Ambroise no se encontraba en su habitación. Había salido aquella mañana muy temprano y todavía no había regresado. ¿Que quién era él?... Un amigo del señor Ambroise que quería darle una sorpresa. Llamaría más tarde.

Bien, ya tenía localizado a su colega Raoul Ambroise y, al parecer, el bueno de Raoul no quería perder tiempo. Apenas llegó a Trinidad se puso en campaña. Suerte, muchacho.

Bien, ahora debía ocuparse de su alojamiento. No podía ir de un lado a otro de la ciudad con el maletín y sería un error imperdonable, por su parte, introducirse en el mismo hotel que Raoul.

Salió a la calle y, unos metros más allá, le salió al paso un mestizo que se ofreció para llevarle la valija. Antes había rechazado dos ofertas, cuando aún estaba cerca de la comisaría, porque habría proporcionado una pista, pero ahora no tuvo inconveniente en aceptar los servicios del mestizo.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Nicanor, señor.

—Necesito una habitación, pero no quiero un hotel de lujo. Ando mal de dinero...

—No se preocupe, señor. Yo lo llevaré a un lugar que le gustará.

Duc soltó un gruñido de asentimiento, pero tuvo sus dudas con respecto a que le gustase la casa adonde Nicanor lo iba a conducir.

Se metieron por un laberinto de callejuelas en donde pululaba la gente.

Se veían negritos descalzos, mujeres que hablaban a gritos, hombres que miraban golosamente a las jóvenes.

—Es ahí, señor, en el número 77.

Tal como esperaba, no le gustó el número 77. Era una casa de tres plantas de feo aspecto.

Subieron por una escalera que necesitaba serías reparaciones.

En la segunda planta se ubicaba un negocio de huéspedes, la pensión de una tal doña Marina.

Raymond utilizó un nuevo nombre, uno más en aquel asunto, el de Félix Guillemín.

Doña Marina era una mujer muy gruesa, con dos grandes mofletes y una triple papada.

Dijo que su pensión estaba repleta, pero que el señor Guillemín había tenido mucha suerte porque justamente acababa de quedar libre una habitación.

Cuando Raymond se encontró a solas en ésta, se dijo que el huésped anterior había tenido mucha suerte en marcharse de allí.

Al tenderse en el camastro, creyó que se vendría abajo. Pero, tras muchos vaivenes, aquel artilugio quedó quieto, en condiciones para ser utilizado.

Y Raymond lo usó quedando dormido.

Despertó cuando era de noche.

Se ablucionó en el lavabo y, después de secarse, abandonó la habitación.

El teléfono estaba en el corredor.

Tuvo que comprar las fichas a doña Marina.

Marcó el número del hotel Nueva Caledonia y preguntó por el señor Ambroise.

Sí, podía hablar con él. Precisamente el señor Ambroise había llegado hacía unos momentos. Le ponían con su habitación.

Oyó la señal dos veces a la otra parte, antes de que descolgasen.

—Habla Raoul Ambroise...

—Hola, Raoul. Soy tu amigo, el de los golpes.

—Eres un loco, Ray... ¿Qué infiernos has venido a hacer aquí?...

—Estoy de vacaciones y pensé que no te vendría mal que te echase una mano.

—Hablé con el Viejo hace un par de horas y me dijo que si hablabas conmigo te recomendase sólo una cosa.

—Ya sé, que volviese inmediatamente a París.

—Sí.

—Olvida al Viejo. Hay unos cuantos miles de kilómetros desde París a Trinidad y apuesto a que entre los dos haremos un buen trabajo.

—Olvídalo.

—Vamos, chico, ¿es que te vas a hacer ahora el niño reventón?... Siempre has sido un buen muchacho, sigue portándote bien... Además no tienes por qué preocuparte por mi intervención. Yo quedaré en el anonimato.

—Debería romperte la cabeza por decir eso. Si no quiero que me ayudes es por ti mismo. ¿Sabes lo que significa para ti?... Será el final de tu carrera y no me digas que ya se le pasará al Viejo... Sabes que no será así... Te has insubordinado... El Viejo te aprecia mucho y sabe lo que vales, pero no puede pasar por alto una cosa como ésta... Te pondrá de patitas en la calle.

—¿Ya acabó el sermón?

—Métete en el primer avión que salga para París.

Estoy seguro de que todavía lo podrás arreglar, pero a condición de que el Viejo te vea allí mañana.

—¿Conseguiste algo hasta ahora?...

—No te voy a decir nada.

—¿Conseguiste algo? —repitió Duc.

—Un poco.

—¿Qué cosa?

—¡No te lo diré, maldita sea!

—Voy a ir al hotel y te lo sacaré, aunque sea a puñetazos... ¡No te muevas de ahí!

—La policía local te busca. Estás chiflado. Vete al aeropuerto...

—Donde voy es ahí.

—Tengo que salir...

—No lo hagas, muchacho, no lo hagas... Escucha bien, conozco a esos fulanos... Estuve con ellos. Yo actuaré en la sombra. Puedo y debo ayudarte... No te muevas de ahí.

Raymond colgó antes de que Hubert pudiese replicar de nuevo.

Se dio mucha prisa en abandonar la maloliente pensión de doña Marina. Pero invirtió diez minutos en encontrar un taxi, a cuyo conductor le dio la dirección del hotel Nueva Caledonia.

Entró en el edificio sonándose como si estuviese resfriado y también viajó así en el ascensor hasta la cuarta planta.

Se detuvo ante la habitación de Hubert y dio tres golpes.

No le contestaron desde el interior.

Soltó un juramento porque ello quería decir que Hubert no le había esperado.

Puso la mano en el tirador y abrió la puerta.

Se introdujo en la habitación, pero sólo llegó a dar dos pasos.

Hubert no se había marchado. Estaba allí.

Pero Hubert nunca podría soltarle otro sermón.

Estaba muerto.

Le habían hundido un estilete en la garganta.

CAPÍTULO VIII

Raymond sintió que su pecho se llenaba de ira.

El cuerpo de su compañero todavía estaba caliente.

Hubert había muerto hacía sólo unos instantes.

Se preguntó si habría llegado a tiempo de impedir el asesinato de Hubert de haber encontrado el taxi más pronto.

¿Qué importaba eso ahora?

No podía devolver la vida a su compañero.

Pero sí podía hacer una cosa. Vengarlo. Hacérselo pagar a quien le había hecho aquello a su amigo.

Eso le sirvió para serenarse y reflexionar.

Si Hubert estaba muerto quería decir que lo habían seguido hasta el hotel.

Hubert le había dicho por teléfono que había descubierto algo. Era evidente que aunque él, Hubert, quiso subestimar su trabajo diciendo que había descubierto poca cosa, ahora Raymond estaba dispuesto a apostar que se trataba de algo importante. Por eso habían acabado con Hubert.

¿Pero qué cosa era lo que éste había logrado?

Le registró los bolsillos, pero no encontró nada a excepción de su cartera, los cigarrillos y un encendedor.

La cartera no contenía nada importante.

El puño derecho de Hubert estaba cerrado.

Duc lo abrió. Un papel cayó en el suelo.

Lo recogió ávidamente y lo desdobló.

En el papel había escrita una dirección, sólo eso, una dirección. Avenida George V, 374.

Tenía que marcharse de allí.

Miró con amargura a Hubert. Había sido un buen chico, un

muchacho con gran estilo para contar los chistes. Estaba prometido a una joven de Caniles. Hubert le había dicho que se casarían en el invierno siguiente. No, ya no habría boda para Hubert. Todo se había acabado.

Salió de la habitación y no se preocupó de cubrirse con el pañuelo.

Otra vez la rabia se iba apoderando de él.

Salió del hotel e hizo una señal a un taxi.

Al entrar en el coche oyó una voz conocida.

—Celebro que la policía lo dejase ubre.

Era Adolfo, el emigrado cubano.

Raymond se alegró de ver una cara amiga.

—Los policías se equivocan con mucha frecuencia —dijo Raymond más para sí que para ser escuchado, y seguidamente dio a Adolfo la dirección a donde quería ir.

Adolfo hizo la carrera en veinte minutos.

El número 374 de la avenida de George V correspondía a una gran residencia con un amplio jardín que se podía vislumbrar a través de un portón enrejado. Pero a Duc no le extrañó, ya que desde que el taxi se internó por aquella avenida había visto residencias de la misma categoría.

—Parece que aquí vive gente de dinero, ¿eh, Adolfo?

—Sí, señor. Es un barrio donde apalean los millones. Pero también hay otros como éste en la isla. Mucha gente de dinero ha elegido Trinidad para vivir los meses buenos del año, y son casi diez.

Raymond descendió del auto.

—¿Lo espero, señor?

—Sí, Adolfo. No es mala idea, pero no aquí. Ponte más lejos, un par de números más allá. —Desde luego, señor.

—Ah, y si te encuentras con algún poli y te pregunta por mí, le dices que no me has visto. —Descuide, señor.

Duc esperó a que Adolfo se alejase para acercarse al portón.

Por entre los barrotes no vio a nadie. Descubrió un timbre a la derecha y lo pulsó. Mientras esperaba, encendió un cigarrillo. Oyó de pronto una voz.

—¿Quién es usted?

Era un interfono. Estaba disimulado junto a la puerta, a la otra

parte. Se movió hacia allí y descubrió el aparato.

—Mi nombre es Claude Lautier.

—¿Está usted citado, señor Lautier?

—No, no lo estoy. Pero necesito entrar.

—¿Para qué?

—Para hablar con el dueño. ¿Es usted?

—No, yo sólo soy el mayordomo.

—Entonces, abra la puerta.

—No puedo, señor Lautier. Lo tengo prohibido.

Duc oyó una risa femenina y desvió los ojos.

Recibió una sorpresa.

La mujer que reía era la rubia platino, la señorita Evelyn Saffor, que conoció poco antes de que fuese aprehendido por la policía de Puerto España.

Ahora la señorita Saffor estaba mucho más atractiva que con aquel vestido estampado. Se cubría con dos trocitos de tela.

Iba a zambullirse en el agua de una piscina desde un trampolín.

Un hombre estaba abajo, en el césped, sentado en un sillón.

—Cuidado, Evelyn... No me gusta que te arrojes desde tan alto. Recuerda la última vez. Te hiciste daño en la espina dorsal. Aunque no sé por qué te lo digo... Eso me permitió darte un masaje, y te aseguro que fue estupendo.

—Eh, ¿sigue ahí? —dijo Raymond por el micro.

—Ya creí que se había marchado —contestó el mayordomo.

—No puedo. He de saludar a una amiga.

—¿Una amiga?... ¿Qué mentira está tramando ahora?

—Oiga, mayordomo, no diga nunca nada de lo que pueda arrepentirse. Soy amigo de Evelyn Saffor, y si no me abre inmediatamente, me pondré a dar gritos para que ella me oiga. Si me obliga a ello, atégase a las consecuencias.

—Espere.

—Ya estoy perdiendo la calma... ¿Desde cuándo un criado hace esperar tanto?

—Está bien, le abriré.

De esa forma, Raymond supo que el portón se abría por medio de una combinación eléctrica.

Se oyó un chasquido y sólo tuvo que empujar la puerta para encontrarse en el interior de la magnífica residencia.

Evelyn le había dicho que era la invitada de un tal doctor Daley y cabía suponer que la casa perteneciese al galeno.

Un hombre alto, con chaleco de mayordomo, bajó por una larga escalera.

Raymond se detuvo camino de la piscina, pero levantó el brazo.

—Hola, señorita Saffor.

Evelyn todavía no se había tirado del trampolín. Miró hacia donde estaba Raymond.

—Qué sorpresa, señor Lautier.

El mayordomo se detuvo en su camino al comprobar que lo que había dicho Duc era cierto.

Raymond continuó hacia la piscina.

—¿Cómo dio conmigo, señor Lautier? —preguntó Evelyn.

El hombre que estaba sentado en el sillón se había vuelto. Tenía un vaso de *whisky* en la mano. Frisaba en los cincuenta años y se cubría con *shorts* y camisa floreada.

Raymond tuvo que hacer un disparo al azar y se deseó suerte.

—Me dijo usted que era la invitada del doctor Daley, Evelyn, y sólo tuve que preguntar por su dirección. Esperó el resultado.

—Comprendo —contestó Evelyn Saffor—. Le presento al doctor Daley. Doctor, éste es el caballero que me ayudó a cambiar la rueda, Claude Lautier.

El hombre del sillón se levantó. Poseía rostro de facciones inteligentes.

Alargó la mano a Duc y dijo:

—Bien venido, señor Lautier.

—Mucho gusto, doctor. Perdone la intromisión... Había quedado citado con un amigo en Puerto España, pero cometí el error imperdonable de no avisarle mi llegada y él se marchó de la isla por unos días.

Evelyn rió desde el trampolín.

—Hizo bien en venir si se encontró solo. ¿Quiere chapuzarse?... Vaya a los vestuarios y encontrará bañadores.

Duc miró al doctor interrogativamente.

—Me hará un gran honor si acepta la invitación de Evelyn.

—Gracias, doctor. La acepto.

En aquel momento la joven se lanzó desde el trampolín. Fue un salto prodigioso. Por unos momentos pareció que se detenía en el

aire, pero, naturalmente, se impuso la ley de la gravedad.

Duc debió admitir que nunca hasta entonces había visto a una nadadora componer una imagen tan bella. Evelyn entró en el agua con suavidad, sin romperla.

El doctor Daley se puso a aplaudir.

La joven reapareció en la superficie sonriendo.

Duc se dirigió hacia la caseta. Encontró un *slip* de piel de tigre de su talla.

Mientras se desvestía, pensó en Hubert. ¿Quién le habría dado aquella dirección y qué relación tendría el doctor Daley con Astrea, S. A.?

Bueno, allí estaba él para averiguarlo.

Al salir del vestuario, Evelyn le hizo una señal con el brazo desde el agua.

—A ver qué tal se zambulle, Claude.

—Será mejor que se aleje. Una vez provoqué una ola gigante que arrastró hasta los espectadores de la orilla.

Evelyn rió el chiste, pero no el doctor, que estaba bebiendo su *whisky*.

Raymond subió al último trampolín, desde donde se había arrojado la muchacha.

—Eh, Evelyn —dijo apretándose con las manos el estómago—. No me gusta el suicidio...

—No sea cobarde y tírese.

—Veo el agua demasiado lejos. Pero, por complacerla saltaré, aunque tengo la impresión que voy a hacerlo desde la terraza de un edificio... Allá voy.

Raymond habría saltado magníficamente de haber querido porque era un buen especialista del trampolín, pero ahora estaba representando un papel. El que más le convenía. Simuló que le faltaba la decisión en la última fracción de segundo, y cayó de pie.

Rompió el agua con estruendo y efectivamente provocó una ola, aunque ésta batió las orillas sin producir daño alguno.

Cuando salió a la superficie, Evelyn reía con buen humor.

—Me temo que necesita un profesor de saltos, Claude.

—Yo elegiría una profesora.

—Quizá me anime a ocupar yo ese puesto.

—Trato hecho.

—No vaya tan aprisa. Tendrá que esperar unos días para empezar el curso.

—¿Por qué unos días, si ya empezamos con la primera lección?

—Probablemente tendré que ocuparme de otras personas antes que de usted.

—¿Qué hombre me va a robar su tiempo?

El doctor seguía sentado en el sillón, pero no los oía porque estaba lejos.

—¿Es él? —preguntó Duc con un movimiento de cabeza.

—Nunca me enamoro de hombres que han cumplido los cincuenta.

—¿Y quién es el muchachito, entonces?

—No sea perverso. Y para que no siga haciendo cábalas, no hay ninguno en especial. He recibido algunas invitaciones que he de atender. Acabaré en dos o tres días de cumplir mis obligaciones sociales.

—¿Y luego?

—Estaré completamente libre.

—Muy bien. Pero puede arreglarse de otra forma. Lléveme con usted a esas reuniones y presénteme como su mascota.

Evelyn rió mostrando su dentadura perfecta.

—No me gusta que me acaparen, de modo que, le conviene no ser exigente.

De pronto se zambulló.

—¿Eh, qué hace? —dijo Duc.

Una mano lo atrapó por el pie y lo empujó hacia abajo. Sólo tuvo tiempo para tragar una bocanada de aire.

Evelyn siguió tirando de él, pero por fin, lo dejó libre.

Raymond tenía los ojos abiertos y vio aparecer ante sí a la joven.

Evelyn le puso una mano en la nuca, acercó su cara y lo besó en la boca.

Raymond fue a atraparla, pero ella lo empujó y escapó moviendo las piernas con mucha rapidez.

Duc hubiera querido seguirla, pero no estaba preparado para aquella sorpresa y ya había agotado su ración de aire.

Volvió arriba y, al sacar la cabeza del agua, vio a Evelyn que estaba al otro extremo de la piscina. La hermosa joven nadaba como una sirena.

—¿Tragó agua, Claude? —rió ella.

Raymond vio el fuego del infierno en sus ojos.

La joven dio un salto, y salió de la piscina.

Duc nadó hacia ella.

—Le prohíbo que me siga —dijo la joven.

—¿Adonde va?

—A tomar un baño de sol.

—Iré con usted.

—No puede.

—¿Por qué no?

La joven cogió la punta del lazo que pertenecía al trozo inferior de tela.

—¿No lo imagina, Claude?... Quiero broncearme por igual.

—Un motivo más para que no me lo pierda. —Sea buen chico y charle con el doctor. La joven echó a andar y desapareció por entre unos arbustos.

Raymond salió también del agua, dirigió una mirada al lugar por donde se había marchado Evelyn y, por último, caminó hacia el doctor.

—¿*Whisky*, señor Lautier?

—Sí, gracias.

—¿Hielo?

—Un par de cubitos.

Duc se sentó en una silla enrejada de plástico y aceptó el vaso que el doctor le alargaba. —A su salud, doctor—. Gracias.

Después de beber un trago, encendieron cigarrillos.

—Una gran muchacha —dijo el doctor Daley.

—Estamos de acuerdo en eso.

—¿Algún interés personal en ella?

—Nos conocimos y me gustó.

—Claro, Evelyn gusta a todos... Por ello voy a ser sincero con usted.

—Séalo.

—No me interesa en absoluto que la siga viendo.

Duc sonrió divertido.

—Doctor, tengo la impresión de que es usted un hombre que se enfrenta con los problemas inmediatamente y que va derecho a ellos como un dardo.

—Sí, es cierto.

—¿Los resuelve siempre a su manera?

—No me puedo quejar de los resultados...

—Suponga que le digo que quiero continuar viendo a Evelyn.

—No se precipite, señor Lautier. Usted no me dejó terminar. Como usted dijo antes, trato de solucionar mis problemas. Pero soy un hombre pacífico y me gusta hacerlo de una manera amistosa.

—¿Por ejemplo?...

—Márchese ahora. Vuelva a su hotel... Sólo tiene que decirme cuál es. Le enviaré por correo un cheque.

—¿Habla en serio, doctor?

—Será por quinientos dólares.

—Doctor, usted debe cobrar muy caras sus visitas.

—Puede acudir a mi consulta de la Avenida Hilton y podrá saber cuánto hago pagar a mis clientes.

—No, gracias. Me encuentro perfectamente.

—Entonces le diré otra cosa. Acostumbro a pagar su justo precio por las cosas buenas que me pueda ofrecer la vida.

—Entiendo. Piensa que Evelyn vale la pena que usted gaste quinientos dólares.

—Para que no la vuelva a ver.

—Me estoy preguntando cuánto habrá invertido en Evelyn si acostumbra a pagar quinientos dólares a cada hombre que se le acerca.

—Disculpe, pero es una cuestión que a mí nunca me ha preocupado. De todas formas, le diré que ha sido muy poco. En mi casa no acostumbro a aceptar a personas extrañas.

—Oh, sí, recuerdo que su mayordomo se mostró muy reacio a dejarme entrar. Y todo ese aparato eléctrico, el interfono, le sirve con ventaja sobre el mejor de los perros policías... Pero le faltó un detalle, doctor.

—¿Qué cosa?...

—Una alambrada de alto voltaje. ¿O ya pensó en ello y la tiene?

—Sus chistes no me hacen ninguna gracia, señor Lautier.

—¿Por qué teme a la gente, doctor?

—No temo a nadie.

—Cualquiera lo diría con tanta precaución para que no invadan su residencia. El doctor sonrió.

—Oiga, señor Lautier. No sé por qué sigo hablando con usted. Pero le daré una explicación. Soy un médico famoso. Gano mucho dinero, ¿y sabe por qué?

—Porque cura mejor que nadie.

—Hago algo más que curar. Creo, señor Lautier.

—No me diga que ha inventado un procedimiento para sacar criaturas humanas partiendo de las pepitas del girasol.

—No, señor Lautier, no le diré semejante tontería... Soy especialista en cirugía plástica y he logrado algo más que mis colegas en ese campo. Puedo transformar la cara de una persona. Han llegado a mis manos rostros horribles, espantosos, que quedaron lacerados después de accidentes, y yo les devolví las facciones que tenían antes. Exactamente las mismas. ¿Lo oye bien?... No hay nadie que haya hecho eso. Yo lo conseguí, señor Lautier... He trabajado intensamente. Tengo mi consulta en Nueva York, pero constantemente vuelo a los lugares más apartados del mundo para realizar mis operaciones... De vez en cuando, me vengo a Trinidad, a esta casa... Es el único lugar donde encuentro paz, sosiego, la tranquilidad que necesito.

—Y ha pensado que Evelyn Saffor debe compartir esa paz con usted.

—Es cuestión mía.

—¿Es casado, doctor?

—Debería mandarlo al infierno por meterse en mi vida privada, pero voy a seguir teniendo paciencia con usted.

—Gracias.

—No, no soy casado. Es decir, lo fui. Mi mujer murió hace muchos años, precisamente en un accidente... Fue horrible. Quedó mutilada.

—¿No logró devolverle lo que había perdido?

—Lo intenté, pero murió en la mesa de operaciones... Cualquiera otra persona en mi lugar hubiese renunciado a su profesión, a mi especialidad. Pero yo no lo hice. Continué con nuevos bríos. Quise convertir aquel fracaso en una serie de triunfos. Se lo prometí a Julie sobre la tumba.

Sobrevino una pausa. El doctor se apretó el puente de la nariz. Dio un suspiro y bajó la mano mirando con fijeza a Raymond.

—Le he dicho a usted más cosas de las que yo esperaba.

—Sí, doctor. Yo también era pesimista con respecto a sus deseos de hacerme confidencias.

—Váyase y recuerde, recibirá el cheque mañana. Quinientos dólares.

—Sí, doctor. Me iré. Pero se va a ahorrar el dinero. No hace falta que me pague. Me hago cargo de las circunstancias. Además, he de aclararle algo, Evelyn Saffor es una muchacha atractiva, seductora, pero hay muchas otras en la isla. Es suyo el juego, doctor.

Inmediatamente, Raymond se dirigió a los vestuarios.

Después de vestirse salió.

El doctor Daley continuaba solo.

—Me ha sorprendido, señor Lautier.

—¿Sí?

—No esperaba que usted accediese a alejarse de Evelyn.

—Quizá se deba a que me enterneció con su historia. Hasta la vista, doctor.

—Buena suerte.

Raymond se encaminó hacia la puerta.

Lo debían estar vigilando desde la casa porque se oyó el ruido característico de que el portón había quedado abierto.

Fue al lugar donde Adolfo lo esperaba en el coche y, una vez dentro, el cubano preguntó:

—¿Adónde, señor?...

—A un restaurante en que no haya mucha gente.

—Sí, señor. Conozco uno que le gustará.

Cuando el taxi reemprendió la carrera, Raymond se sumió en profundas reflexiones.

El doctor Daley era un personaje muy original. ¿Pero qué relación podía existir entre un especialista de cirugía plástica y Astrea, S. A.?

CAPÍTULO IX

Raymond saltó el muro. Era de noche.

El cielo estaba cubierto de negras nubes.

Duc había oído la radio media hora antes. Según el parte meteorológico, el ciclón «Sarah» se estaba aproximando a Trinidad.

No, el doctor Daley no había dispuesto una alambrada eléctrica para defender la residencia donde encontraba su paz, su tranquilidad.

Ahora la piscina aparecía solitaria.

Algunas de las ventanas de la casa estaban iluminadas, cinco del piso bajo y tres del superior.

Avanzó por entre la floresta del jardín, deteniéndose de vez en cuando para escuchar los ruidos.

Había dicho al doctor aquello de la seguridad del sistema eléctrico de entrada, comparándolo con el perro policía para que el doctor lo rectificase, por si realmente había un can.

Pero no escuchaba ningún ladrido, lo cual era un descanso para él, porque, de lo contrario, se le habrían puesto las cosas difíciles.

De pronto, vio brillar un cigarrillo en la oscuridad y se detuvo nuevamente.

No, el doctor no tenía perros policías para guardar su casa, pero sí tipos que se encargaban de eso. ¿O sería un invitado como Evelyn Saffor?

Se fue acercando agachado hasta acercarse al hombre que fumaba.

No, no tenía aspecto de ser un invitado, sino de matón profesional.

Raymond sacó la pistola y deslizóse sigilosamente hacia el guardián.

Llegado cerca de él, saltó propinándole un culatazo en la cabeza. Su víctima se desplomó en la tierra blanda.

Raymond había tomado precauciones. Siempre lo hacía. Por eso tenía el bolsillo lleno de cordeles de plástico que había adquirido por poco dinero.

Ató las manos del hombre a la espalda y luego lo inmovilizó por los tobillos. Finalmente se valió del mismo pañuelo del centinela para amordazarlo.

Arrastró al fulano entre los rosales, que despedían un magnífico aroma, porque procuraba conceder un bienestar a sus víctimas.

Terminado aquel trabajo, reemprendió el camino hacia la casa.

Dos de las ventanas estaban abiertas, pero en aquel momento fue cerrada una de ellas por el mayordomo.

Raymond se arrimó a la que había quedado sin cerrar. Pero justo en ese momento tuvo que agacharse muy rápido porque también allí llegó el mayordomo.

Oyó la voz del doctor.

—¿Qué vas a hacer, Paul?

—Cerrar la ventana, señor. Se aproxima un ciclón. —Cuando llegue, yo me ocuparé de cerrarla. Ahora necesito aire.

—Sí, doctor Daley.

El mayordomo desapareció de la ventana y Raymond esperó unos segundos para incorporarse.

El doctor Daley se encontraba sentado tras una mesa escribiendo.

No había nadie con él.

Raymond se agachó de nuevo.

¿Y si se hubiese equivocado? En aquel lugar no había rastro de los reyes del hampa europea. Ni siquiera de los yanquis.

Miró hacia la escalera de la casa. Luego a la cochera.

No, ningún coche estaba ante sus ojos.

Pensó en el papel que encontró en el puño de Hubert. ¿Y si Hubert había escrito aquella dirección por cualquier otra cosa? Quizá le resultó extraño el comportamiento del doctor viajando a los lugares más apartados del mundo. Eso podía explicarlo todo. Hubert pensaba investigar las actividades de Daley. Lo cual podía significar que Hubert estaba equivocado.

Había perdido su tiempo.

Al doctor Daley sólo le interesaba su actividad de cirugía plástica y a los cincuenta y pico de años se había enamorado de una jovencita a la que pensaba hacer su esposa.

Eso era todo.

En aquel momento oyó sonar la campanilla del teléfono. Y enseguida la voz del doctor.

—¿Sí?... Habla el doctor Daley... He estudiado su caso... Tendré mucho gusto en recibirle esta noche... A las diez y media... Le ruego sea puntual... Desde luego he estudiado lo que me envió... Las radiografías son buenas, excepto una... Usted ya sabe cómo trabajo yo... Tendré que hacer mis propias radiografías y sólo decidiré cuando haya hecho un estudio completo... Lo espero...

Luego colgó.

Raymond sonrió para sus adentros.

¿Qué infiernos hacía allí?... El doctor Daley acababa de evacuar una consulta con uno de sus Clientes. Lo mejor era marcharse cuanto antes.

Quizá el centinela que había dejado fuera de combate tendría que acudir a la casa para dar la novedad, y si no lo hacía, lo encontrarían sospechoso.

Al diablo con el doctor Daley.

Otra vez sonó el teléfono y nuevamente oyó la voz del doctor.

—Doctor Daley... Sí, he estudiado su caso... He decidido recibirle esta noche... Ha de ser puntual... A las diez y media... No, no, alguna de las radiografías era mala... Haré las mías con arreglo a mi sistema. No se preocupe, hago una excepción con usted...

Se oyó un clic cuando Daley dejó otra vez el teléfono en la horquilla.

Raymond estaba rígido.

¿Por qué el doctor citaba a dos clientes a la misma hora y en la misma noche, a las diez y media?... ¿Por qué había empleado casi las mismas palabras con uno y otro?... Eso era absurdo.

¿O tendría su explicación?

No, no podía marcharse. Ahora no.

Aquella segunda llamada había hecho renacer sus sospechas.

Tenía que introducirse en la casa. Pero, naturalmente, no lo podía hacer por aquella ventana. Debía buscar otro hueco.

Se movió junto a la pared. Pero sólo fue encontrando ventanas

cerradas.

Dio vuelta a la casa y saltó a una terraza con tres puertas.

Vio un par de sombrillas, mesas, sillas... Una puerta estaba cerrada por dentro. Puso la mano en el tirador de la segunda y lo hizo girar.

Esta vez la puerta obedeció a su impulso. Se encontró en un gran salón con muebles muy historiados.

De súbito, oyó pasos al fondo.

Se agachó detrás de un gran sillón.

Era el mayordomo.

Paul cruzó la estancia y comprobó que la primera puerta estaba cerrada. Pero no lo estaba la segunda, que era por donde había entrado Raymond. Echó el pestillo y, tras examinar la tercera, se marchó por donde había venido.

Ray esperó unos segundos antes de ir hacia el fondo de la estancia, junto a la puerta.

Se escondió de nuevo al oír pasos por el *hall*.

Esta vez no era el mayordomo sino una doncella. Llevaba una bandeja y se dirigía a la biblioteca.

La doncella tenía una cara no muy agraciada, pero en cambio su cuerpo resultaba perfecto.

Raymond la vio entrar en la biblioteca donde se encontraba el doctor Daley.

Había otras dos habitaciones por aquel lado.

Raymond pensó meterse en la más próxima a la biblioteca, pero interrumpió su movimiento al oír voces procedentes de más allá de la escalera central que conducía a la planta superior.

—El doctor tiene que ver al paciente —dijo alguien.

—Opino que los injertos han sido realizados tal como él había dicho —contestó otro.

—Y yo te digo que no.

—Todavía no le hemos quitado las vendas. ¿Por qué no lo hacemos nosotros en vez de molestar al doctor?

—Porque es él quien debe ver al paciente. Yo no me atrevo.

Duc asomó la cabeza y vio a dos hombres con bata blanca que se dirigían hacia la biblioteca.

Cuando entraron allí, Raymond cruzó rápidamente la estancia y se fue por donde había visto aparecer a los fulanos.

Descubrió una puerta abierta. Se acercó al hueco y aspiró el olor característico de las clínicas y laboratorios.

Bajó por una escalera.

El laboratorio o lo que fuese estaba dividido en dos secciones.

Una superior, con una barandilla y grandes armarios empotrados en la pared.

Se asomó cautelosamente por entre los barrotes de la barandilla.

Abajo, sobre una mesa de operaciones, vio a un paciente, sujetos brazos y piernas por correas.

Tenía la cabeza vendada.

Una enfermera estaba a su lado preparando una inyección.

En aquel momento, Raymond escuchó voces procedentes de la escalera e identificó la del doctor.

—No puedo consentir que este experimento salga mal, Jean —decía el doctor.

—Disculpe, doctor Daley —contestó el llamado Jean—, pero me temo que existen partes blandas en la cara.

—Eso es absurdo, Jean.

Intervino el otro ayudante del doctor Daley.

—Mi compañero no tiene fe en sus procedimientos. —No es eso —protestó Jean.

—Dejen de discutir —cortó secamente el doctor—. Haré la comprobación yo mismo.

Duc vio descender a los tres hombres. Primero al doctor y tras él a los dos ayudantes.

—¿Qué hace, señorita Bannister? —preguntó Daley.

La fiel enfermera se disponía a clavar la aguja en el brazo del paciente.

—Usted me dijo que le pusiese esta inyección, doctor.

—Espere. Parece que mis colegas no están de acuerdo en el resultado de la operación. Acerque un foco.

La enfermera dejó la jeringa en una bandeja y empujó un foco que estaba sobre ruedas.

—No, ése no —dijo el doctor—. ¿Es que quiere dejar ciego al paciente? Quiero uno con la mitad de intensidad.

La enfermera hizo rodar otro foco que colocó a la cabecera de la mesa.

Jean estaba ayudando al doctor a ponerse la bata.

Luego, Daley desapareció en una pequeña habitación y Raymond oyó correr el agua.

Los dos ayudantes hablaron en voz baja mientras la enfermera permanecía inmóvil.

El doctor Daley reapareció y acercóse al paciente.

Con dedos hábiles se puso a quitar el vendaje de la cabeza.

De vez en cuando, se detenía, como si tuviese miedo de llevarse consigo un trozo de carne.

Al fin dejó al descubierto una pequeña superficie de la cara.

Raymond, en la posición que se encontraba, podía ver muy poco.

—Foco —dijo el doctor.

La enfermera envió un haz de luz sobre la parte del rostro del paciente que estaba al descubierto.

—Jean, acérquese —ordenó Daley.

—Sí, doctor.

—¿Qué ve ahí?...

Sobrevino una pausa mientras Jean hacía su examen.

—El injerto no parece que dio resultado.

—¿Y usted, Orto?...

—Yo creo que fue perfecto —contestó el otro ayudante.

—Muy bien, enseguida sabremos cuál de los dos tiene razón.

—¿Qué va a hacer, doctor? —inquirió Jean alarmado—. Voy a quitar todo el vendaje.

—Pero usted dijo que no podía hacerlo hasta pasadas las dos horas después de la última inyección.

—Lo haré ahora.

—¿No será correr un riesgo innecesario, doctor?

Daley rió con sarcasmo.

—Jean, ¿es que pretende darme lecciones de mi especialidad?

—De ninguna manera, doctor Daley. Sólo que yo no me atrevería a desprender el vendaje hasta después de la última inyección.

—Sí, ya lo dijo antes. Usted no sería capaz, pero yo sí, y sé lo que me juego, ¿lo entiende, Jean?... Es posible que usted me crea un atrevido, pero no habría logrado superar la cirugía plástica si hubiese tenido en cuenta la posibilidad de un fracaso... Prepárense los dos. Tienen que ayudarme a quitar el resto del vendaje.

Raymond esperó acucillado arriba, sin dejarse ver por entre los barrotes.

En cualquier momento uno de los doctores o la enfermera, podía mirar hacia arriba y descubrirlo.

Durante los diez minutos siguientes los doctores trabajaron para quitar el vendaje.

Se oyó la voz de triunfo de Otto.

—Mírelo, doctor... Es lo que yo dije. Perfecto.

Daley sonrió satisfecho.

—Sí, Otto, usted acertó y Jean es el equivocado. El experimento resultó a las mil maravillas, tal como estaba previsto... Su cara es absolutamente normal.

Raymond no pudo contener su curiosidad y se levantó poco a poco para mirar hacia abajo.

Entonces, pudo observar al paciente ya sin los vendajes, y vio la cara del mayor Douglas Robbins, jefe de policía de Puerto España.

CAPÍTULO X

—¿Admite su error, Jean? —preguntó Daley.

—Sí, doctor. ¿Pero cree usted que el paciente estará en condiciones de valerse a sí mismo dentro de un rato?

—Claro que sí. Lo estará, si le dan ustedes el tratamiento que yo les voy a indicar...

Daley se sentó ante una mesa y escribió en un papel durante un par de minutos.

Se levantó y entregó a Jean lo que había escrito.

—Doctor —dijo el ayudante—, ya no estoy seguro de nada, ¿pero cree usted que el paciente podrá resistir este tratamiento?

—Le diré algo confidencialmente, Jean. No, no estoy seguro, ni tampoco lo estuve antes con respecto a que el experimento saliese bien con el poco tiempo de que disponíamos. Pero se trata de un trabajo de emergencia y ahora usted y Otto harán lo que les he ordenado.

—Suponga que el paciente muere.

—Yo lo sentiré más que nadie. Aténgase a lo que está escrito ahí, Jean. No quiero más discusiones... Son las diez y cuarto y mis invitados están a punto de llegar. No puedo concederles a ustedes un minuto más.

Raymond se dijo que no podía quedar encerrado en el laboratorio, cosa que podía ocurrir si el doctor Daley salía en primer lugar.

Se movió rápida y sigilosamente hacia la escalera.

No había nadie en el *hall*.

Cruzó hacia la parte que estaba la biblioteca y ya iba a abrir la puerta de la habitación adyacente cuando oyó voces en su interior.

No, no podía entrar allí.

Se dirigió rápidamente hacia la tercera puerta porque el doctor no tardaría en aparecer.

Ya no tema tiempo para nada, de modo que abrió y se coló en la estancia.

La habitación estaba a oscuras, lo cual le hizo dar un suspiro de alivio, porque ello quería decir que no había nadie.

Enseguida oyó los pasos del doctor Daley que se dirigía hacia la biblioteca.

En ese momento oyó voces fuera.

Raymond abrió la puerta unas pulgadas para no perderse el diálogo.

—Ustedes han de permanecer ahí —decía el doctor Daley—. No permitan que nadie entre, ni siquiera un criado. Y ya saben lo que tienen que hacer, observar y oír.

—Sí, doctor Daley —contestó una voz carrasposa.

—En un momento determinado yo saldré de la estancia y dejaré a mis invitados solos... Quiero que escuchen lo que digan éstos, palabra por palabra, y que observen las reacciones de las personas allí reunidas.

—Descuide. Sabemos lo que usted quiere.

Luego, el doctor Daley continuó hasta la biblioteca y la puerta de al lado se cerró.

Raymond cerró también.

Pensó en lo que acababa de oír. En la habitación vecina se encontraban al menos dos hombres y contaban con un observatorio y unos altavoces para ver y oír lo que ocurría en la biblioteca. Así pues, sólo tenía una solución a su alcance, ocupar él aquel observatorio. Y para ello tenía que dejar fuera de combate a dos hombres, ¿o serían más de dos?

Se encaminó hacia el fondo de la estancia porque tenía que saber si había alguna puerta adyacente.

Se detuvo de pronto bajo la impresión de que no se encontraba solo en la estancia.

Era una extraña sensación que le había invadido otras veces, y casi nunca el instinto le traiciona. Ahora lo sentía de nuevo.

Prestó atención.

No se equivocaba.

Había oído respirar a alguien a la derecha.

Y esa persona podía estar apuntándole con una pistola. Pero ¿por qué no disparaba?

¿Quizá porque quería cazarlo vivo?...

Continuó su camino en busca de aquella puerta que no sabía si existiría y, en un momento dado, saltó hacia la derecha, donde había localizado a la persona desconocida.

Sus manos atraparon su cuello, pero se había que dado corto en el salto.

Sin embargo, pudo atraer hacia sí a su presa.

Oyó un gemido que no se convirtió en un grito gracias a que él estaba apretando el cuello.

Pero supo que era una mujer.

Ella cayó encima de él, pero en la siguiente fracción de segundo, Raymond invirtió las posiciones y fue él quien se encontró encima de ella.

—Silencio —dijo.

—Sí —murmuró la mujer.

Raymond sacó una pequeña linterna de bolsillo y proyectó un haz de luz sobre la cara de la mujer. Era la doncella de cara fea y cuerpo perfecto. —Raymond— dijo ella.

Duc no quiso dar crédito a la voz que escuchaba. Aquella doncella era Jane Corey, el agente femenino del Intelligence Service.

Raymond cerró los ojos y los volvió a abrir. —Esto es una pesadilla— dijo.

—¿Quieres quitar tus sucias manos de mi lindo cuello?

No levantes la voz o te silencio para una temporada.

Pero dejó libre a la joven, la cual quedó sentada en la alfombra frotándose el cuello.

Raymond estaba arrodillado frente a la joven.

¿Me quieres decir qué haces aquí, Jane?

—Lo mismo que tú. Detrás de Astrea, S. A.

¿Quieres decir que *sir* Howard no te sustituyó por otro agente?

—Claro que sí.

—¿Quién es el hombre?

—Es otra mujer, pero ella está completamente desorientada. Se marchó a Puerto Rico siguiendo una pista.

—Apuesto doble contra sencillo a que conozco a la persona que

engañó a tu compañera. Tú, Jane Corey.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella con la mayor ingenuidad del mundo.

—Es la mar de sencillo. Siempre he confiado en un viejo proverbio chino: «Si encuentras en tu camino un áspid, aléjate de él antes de que te pique»...

—Yo conozco otro y es irlandés. Si se cruza un hombre en tu camino entabla conversación con él... después que lo hayas tirado a un pozo.

—Muy bonito, pero dejémonos ahora de eso y explícame. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Te lo diré, genio. Me hice amiga de una de las telefonistas. Le encargué muy especialmente que me pasase las conversaciones telefónicas que pudiese sostener Maximilien Lautman con cualquier persona de la isla, y resultó que nuestro buen amigo Lautman llamó seis veces a cierto doctor Daley. Luego fue cuestión de suerte que el doctor Daley necesitase una doncella, lo cual leí en un diario local.

—¿Y quién te arregló la cara?

—Yo misma. En el Intelligence Service aprendemos muchas cosas.

—¿Y qué ocurrirá si se te caen los postizos?

—No me pueden caer, incluso para arrancarlos tengo que hacer un poco de esfuerzo.

—Eres la mujer más atrevida que he conocido.

—Eso te demuestra que...

—Sí, ya lo sé. Las mujeres servís para algo más que para cocinar y dar satisfacción a un hombre.

—Imagino que a ti también te sustituyeron.

—Sí, y ese favor se lo debo a tu jefe, *sir* Howard.

—¿Dónde está el otro agente?... ¿También entró en la casa?

—No. Lo mataron. Fue él quien me proporcionó la dirección para llegar hasta aquí... ¿Qué es lo que ha preparado el doctor Daley para esta noche?...

—¿No lo imaginas?

—La reunión de los accionistas de Astrea, S. A.

—Sí, Raymond... Lo que me llena de curiosidad es lo que pueda estar pasando en el laboratorio... Hay allí un hombre cuya cabeza está envuelta en vendas... Creo que el doctor Daley lo está tratando.

—Es el jefe de policía de Puerto España.

—¡No!...

—Sí, cariño. Lo vi con mis propios ojos.

—Caramba, esta gente no se priva de nada...

—Ahora te vas a estar quietecita y callada.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Entrar en esa habitación de al lado.

—Es justamente lo que yo me proponía.

—Nada de eso. Tú te quedas.

—No puedo. Pensaba echar un vistazo ahí dentro y luego regresar a la cocina. Imagino que me necesitarán de un momento a otro para atender a los invitados que están a punto de llegar.

—Entonces lo mejor que puedes hacer es largarte ya. Pero, si yo estuviese en tu lugar, no me quedaría un solo minuto en la cocina. Me marcharía de esta casa como si estuviera ardiendo por los cuatro costados.

—Tú, sí, pero yo no... Hasta luego y que tengas suerte.

Raymond iba a gritarle fuera de sí, pero temió ser oído por los hombres que estaban en la otra habitación.

La joven abrió poco a poco la puerta, echó una mirada a Raymond y salió de allí.

Cuando Duc quedó a solas, soltó una maldición para sus adentros. ¿Qué clase de testaruda era Jane Corey? Ahora se arrepentía de no haberla dejado fuera de combate, atada y amordazada sobre la alfombra. Pero ya no se podía volver atrás.

En aquel momento oyó que llegaban un par de coches a la casa.

Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y vio la puerta.

Se acercó a ella e hizo girar el tirador. Pero comprobó que estaba cerrada.

Lo había previsto todo y sacó una llave maestra.

No era cosa fácil abrir una puerta cuando se sabía que a la otra parte se encontraban dos hombres.

Pero tenía que hacerlo.

Recordó los ejercicios a que le sometía el Viejo.

En cierta ocasión, su jefe lo hizo trabajar durante seis horas en una puerta hasta que logró abrirla sin producir el menor ruido.

El Viejo decía siempre que todo era cuestión de templar los nervios.

¿Los tendría bien templados ahora?

Respiró profundamente y se puso al trabajo.

Obtuvo un éxito completo.

Empujó la puerta y, a través del resquicio, vio a un hombre que estaba tendido en un diván. Se había quitado los zapatos.

—Estoy deseando irme a la cama, Philip —decía—. Tengo los pies molidos.

—No debiste comprarte esos zapatos —contestó otro hombre que estaba fuera del campo visual de Raymond—. Te dije que eran pequeños.

Duc sacó la pistola de la axila y empujó la puerta, la cual produjo un chirrido.

El llamado Philip estaba a la izquierda y se movió con la rapidez de una anguila, llevando la mano al costado para sacar la pistola.

—No hagas eso, chico —le dijo Raymond, levantando su arma.

El que estaba tendido en el diván puso los pies en el suelo y se quedó mirando a Duc con la boca abierta, como si fuese una aparición.

—Eh, ¿de dónde sale usted?

—Me trajo una libélula.

—Philip, ¿no es el tipo que se bañó con la rubia platino?...

—Sí, Nick, has acertado, es él. Philip sonrió.

—Caramba, usted es un invitado del doctor Daley. Nos dio un susto. Pero no debió entrar aquí. ¿Sabe que está prohibido?... Ande, sea un buen chico, guarde la pistola y vuelva a su habitación...

—No, Philip. Mi sitio está aquí... ¿Dónde está el observatorio?

Philip y Nick cambiaron una mirada y el primero de ellos dijo:

—¿A qué se refiere?

—No seas estúpido, Philip. Sé por qué estáis aquí. Vais a vigilar lo que ocurra en la habitación de al lado... También sé que el doctor Daley se va a reunir con gente importante.

—Es posible que sea eso, pero a nosotros nos contrataron sólo para que estuviéramos entre estas cuatro paredes.

Raymond dirigió una mirada hacia el fondo de la estancia.

En el centro había un cuadro representando a una dama del siglo XVII o XVIII.

Ray se movió hacia allí.

Philiph creyó llegado su momento y se abalanzó sobre Raymond.

Debió haber esperado a que Duc estuviese más cerca.

Se probó que había cometido un error porque Duc le pegó con la pistola tras de la oreja después de burlar el puño que le había dirigido.

Philiph soltó un gemido y se desplomó.

Nick rió se había movido del sofá.

Raymond se apartó de Philiph, que había quedado sin sentido.

—Anda, Nick, ven aquí.

—¿Qué quiere?

Duc saco unos cordeles de plástico del bolsillo y los dejó caer en el suelo.

—Vas a atar los pies y manos de tu compañero. Luego lo amordazas con su pañuelo. Pero quiero que hagas un buen trabajo o te la ganas. Elige. Eso o un tiro en la barriga.

—Lo ataré.

—Empieza y termina pronto.

Seguían llegando coches.

Oyó al doctor Daley a través de un altavoz que había en la habitación.

—Bien venido, señor Schneider... ¿Cómo está, señor Woolley?

Los buitres se reunían.

Oyó también la voz de Maximilien Lautman. Estaba presentando a las otras personalidades.

—Doctor, éste es Albert Feyrabend, Cario Maszola...

Nick ya había terminado de atar y amordazar a su compañero.

—Ya lo tiene listo.

—Gracias, muchacho —dijo Raymond y le pegó un culatazo en la cabeza.

Nick se derrumbó junto a Philiph, también sin conocimiento y Duc lo convirtió en un paquete inofensivo.

Cuando hubo terminado, se acercó al cuadro lo tomé de un extremo y lo movió.

El cuadro giró del otro lado.

Ante los ojos de Raymond apareció un cristal a cuyo través pudo ver la habitación adyacente.

Supo qué clase de observatorio era aquél, el mejor ya que él

podía ver perfectamente con toda tranquilidad y escuchar lo que se decía allí dentro a través de los micrófonos, sin ser visto por nadie.

Acercó una silla y se sentó.

Tenía una localidad de primera fila.

En la biblioteca se habían reunido ya una docena de personas. Sus antiguos conocidos, Schneider, Maszola y demás europeos, y los reyes del hampa de Estados Unidos que conocía por fotografía. Roddy Walker, de Los Ángeles; Spring Dereck, de Chicago; Chuck Bern, de Las Vegas...

CAPÍTULO XI

—Caballeros —dijo el doctor Daley—. Se abre la junta extraordinaria de Astrea, S.

A. De

bo decir que está representado el cien por cien del capital actual. Celebro mucho que nuestros amigos de Europa se hayan dignado visitarnos para entablar conversaciones que no dudo resultarán fructíferas para todos. Justamente, el motivo de esta junta extraordinaria es la admisión de nuevos socios, de estos hombres que en el viejo continente se han distinguido por su capacidad de trabajo, por su voluntad y por su inteligencia... Hago votos porque esta misma noche estos hombres queden incorporados a Astrea, S. A., haciéndola más fuerte. Con ello habremos conseguido dar un paso decisivo hacia la conquista mundial...

Un hombre que fumaba un grueso cigarro levantó la mano.

Era Roddy Walker, de Los Ángeles, alto gerifalte del sindicato de camioneros, que usufructuaba su cargo en beneficio propio.

—Doctor Daley, ¿cree usted de verdad que es necesaria la colaboración de estos hombres de Europa?... Si he de serle sincero, hubiese preferido que esto se hubiese cocido como hasta ahora, en nuestro propio fogón, sin interferencias extrañas.

—Señor Walker, a través del tiempo que lleva funcionando Astrea, S. A., el rendimiento conseguido puede considerarse como algo que supera todo lo que nosotros habíamos previsto, incluido yo, que era el más optimista... Sin embargo, debo repetir lo que he sostenido en otras reuniones. Astrea, S. A., no puede conformarse con una determinada esfera de influencias, como las dos Américas y quizá un trozo de Asia que comprende el Japón y sus alrededores... Astrea, S. A., debe extender su actividad al resto del planeta. Mas

para ello debemos contar con nuestros amigos europeos, ya que, en caso contrario, sostendríamos una guerra civil con los hombres que han creado intereses en ese punto del globo... Les he dicho también repetidas veces que yo me inclinaba por aceptar la colaboración de hombres cuya eficacia ha quedado comprobada a través de sus organizaciones... Es el caso de Herman Schneider, de Albert Feyrabend, de Cario Maszola, de Fred Woolley... Estoy seguro de que Astrea, S. A., llegará a ser todo lo grande que fue prevista en los estatutos. Recuérdenlo, juntos seremos invencibles, separados podríamos ser eliminados uno a uno.

Max Lautman se puso a aplaudir y enseguida lo hicieron otros.

Herman Schneider levantó la mano.

—Tiene la palabra el señor Schneider —dijo el doctor Daley.

Herman se levantó y carraspeó fuertemente.

—No soy el más indicado para hablar en nombre de mis compañeros porque, la verdad sea dicha, nunca he tenido facilidad de palabra. Si me he abierto camino en la vida ha sido por esto.

Levantó los dos puños cerrados y con ello provocó risas entre sus compañeros.

—¿Está claro, no? —dijo Herman sonriendo también—. Bueno, lo que yo me digo ahora es que tengo las mejores referencias de Astrea, S. A., y sus fines. Pero he oído hablar muchas veces del dominio universal y yo me he hecho esta pregunta: ¿Cómo se va a alcanzar ese dominio?... ¿Con una guerra abierta contra la policía de cada uno de los países?... ¿Enfrentándonos a la Interpol con todos los medios a nuestro alcance metralletas, bombas, etc., etc.? Es lo que no comprendo, doctor Daley.

—Y yo muy gustoso le daré la respuesta a *su*, pregunta, señor Schneider... Efectivamente, el dominio universal lo conseguiremos cuando hayamos prescindido de los distintos cuerpos policíacos, nacionales y supranacionales... Pero no lo vamos a conseguir al precio de una guerra. Sería demasiado costoso y arriesgado por nuestra parte. No, caballeros, no lo vamos a lograr de esa forma... Desde luego tendremos el dominio universal y aplastaremos los cuerpos policíacos. Pero lo haremos sin derramar una sola gota de sangre.

El doctor hizo una pausa, quizá para observar el efecto de sus palabras.

Habían constituido un éxito, ya que Schneider y sus amigos de Europa reflejaban en sus rostros el mayor asombro.

—Eh, doctor —dijo Schneider—. ¿Cómo va a conseguir eso sin que se produzca una sola baja?...

—Por la ciencia, señor Schneider.

—¿La ciencia?... ¿Qué tiene que ver eso con nosotros?...

—Usted y sus amigos lo van a saber enseguida. El doctor Daley se acercó a la mesa y oprimió un botón.

Habló por un dictáfono.

—Pueden pasar.

Se abrió la puerta de la derecha y entraron tres hombres. Eran los ayudantes del doctor y el paciente que Raymond había visto en el laboratorio, sobre la mesa de operaciones.

—Caballeros —dijo el doctor Daley—. Voy a proyectar mía fotografía sobre una pantalla. Es la del jefe de policía de Puerto España, mayor Douglas Robbins.

Los dos ayudantes y el paciente se habían detenido junto a la pared.

Maximilien Lautman desenrolló una pantalla y fue él quien puso en marcha un proyector, pero antes apagó la luz.

Ray vio aparecer sobre la pantalla la fotografía a la que el doctor Daley se había referido. Se trataba efectivamente del mayor Robbins con el que había hablado en su despacho.

Enseguida se produjo un murmullo en la estancia, ya que el rostro de la pantalla era el mismo que el del hombre que había penetrado en la habitación minutos antes acompañado por los ayudantes del doctor Daley.

—Enciende la luz, Max —ordenó Daley.

Cuando la lámpara del centro quedó encendida, las caras de los reunidos se volvieron hacia el paciente del doctor Daley.

El italiano Cario Maszola echó a andar y alargó su diestra.

—Bien venido a la pandilla, jefe de policía. El otro le estrechó la mano y dijo: —Gracias. No sé su nombre. Pero usted tampoco conoce el mío.

—Mayor Douglas Robbins, ya nos lo dijo el doctor Daley.

—No, señor. Se equivoca, yo no soy Douglas Robbins. Mi nombre es Jack Mortimer.

—¿Eh...? ¿Qué broma es ésta...? Usted es el jefe de la policía de

esta isla...

El doctor intervino con una sonrisa.

—No, señor Maszola, ese hombre le dice la verdad. No es el mayor Robbins sino Jack Mortimer, como él dice.

—No comprendo...

—Terminaré de aclarárselo. El señor Mortimer pasará muy pronto a ocupar el puesto del mayor Robbins, para lo cual nos desharemos del verdadero jefe de policía de Trinidad.

En la estancia se hizo otro silencio, mientras las palabras del doctor se abrían camino en las mentes de los miembros, presentes y futuros, de Astrea, S. A.

—¡Demonios! —exclamó Fred Woolley, de Londres—. Está claro como el agua. El jefe de policía de Trinidad será un hombre al servicio de Astrea.

—Sí, señor Woolley —sonrió el doctor Daley—. Y por el mismo procedimiento, mediante la cirugía estética, pondremos al frente de todos los cuerpos policíacos del mundo a hombres que sirvan a nuestras órdenes.

Sus ojos destellaron al tiempo que levantaba sus manos.

—Sí, caballeros, son estos dedos míos los que se han encargado de transformar a Jack Mortimer en el mayor Douglas Robbins. Y serán también mis dedos los que modelen los futuros rostros de otros hombres que ocuparán los puestos clave al frente de la policía inglesa, francesa, alemana, italiana... En fin, la de cualquier país en que opera Astrea, S. A.

Schneider palmeó la espalda del doctor.

—Es lo más asombroso que he oído en mi vida... Cuente conmigo, doctor. Aporto a Astrea, S. A., toda mi fortuna y mi organización.

—Considéreme otro miembro —dijo Fred Woolley.

Los demás europeos dieron cabezadas de asentimiento mientras pronunciaban frases muy semejantes a las de sus compañeros.

Herman Schneider dijo:

—Bueno, por fin conocimos al jefe de Astrea, S. A. —No, señor Schneider— intervino Max Lautman—. El doctor Daley no es el jefe. —¿Cómo?

—El doctor Daley sólo es el cerebro científico. —¿Entonces, dónde está el jefe? El doctor contestó:

—Lo van a conocer ahora mismo. Yo lo presentaré a ustedes. Excúsenme unos minutos, mientras voy por él.

Ante la nueva sorpresa de los reunidos, y esta vez se incluían los reyes del hampa de Estados Unidos, el doctor Daley salió de la habitación.

Raymond sacó un cigarrillo y lo encendió.

Todo aquello era muy emocionante.

Por un momento deseó intervenir, pero ¿por qué interrumpir una sesión tan pródiga en sorpresas si él tampoco conocía al presidente de aquella brillante sociedad?

Debía esperar.

Los minutos se desgranaron.

A sus espaldas, Nick y Philip ya habían vuelto en sí, pero los dos se estaban quietos.

Ahora Philip empezó a balbucear.

Raymond se volvió con la pistola en la mano.

—Silencio, muchacho, o te vuelvo a dormir.

Fue bastante para que Philip guardase silencio de nuevo.

Por el micrófono llegaban las voces de los hombres que se encontraban en la biblioteca.

Pero la conversación era intrascendente, ya que se limitaban a comentar lo que habían visto y oído.

En aquel momento se abrió la puerta y el doctor Daley apareció en el hueco.

—Caballeros, tengo el gusto de presentarles al presidente de Astrea, S. A.

Entonces entró en la biblioteca Evelyn Saffor.

CAPÍTULO XII

—Una mujer —exclamó Schneider—. ¿Está de broma, doctor?

—No, señor Schneider —contestó la propia Evelyn—. Habla muy en serio. Es de mi cabeza de donde ha salido este vasto plan. Fui yo quien uní a estos hombres en Estados Unidos... Y ellos les pueden decir cuáles han sido los resultados... Soy una mujer, sí, pero cuando debo ser despiadada, lo soy mucho más que ustedes. Tengo ansias de poder y todos ustedes juntos no podrían llegar a concederme el que yo deseo tener en mis manos... Pero, sobre todo, lo que yo quiero es un imperio organizado... Fui yo y no el doctor Daley quien pensó en aprovechar sus magníficas posibilidades en el arte de la cirugía estética. Casualmente, sufrí un accidente y tuve que ponerme en manos del doctor. Gracias a esta coyuntura, pude conocer los maravillosos secretos que poseían sus dedos. En muy poco tiempo proyecté una sociedad de hombres resueltos, disciplinados, que estuviesen decididos a colocarse a la cabeza de la historia contemporánea.

—Quiero advertirles algo —intervino el doctor—. Evelyn Saffor tiene todo el dinero que una persona pueda desear. Sin embargo, no titubeó en crear a Astrea, S.

A. Es

o prueba, mejor que nada, que sus palabras están llenas de sinceridad. Son ustedes los que a ella importan, porque sólo mediante una unión entre nosotros, Astrea logrará el supremo dominio sobre la tierra.

De repente, se abrió la puerta con violencia.

Se oyó un grito femenino.

—¡Suélteme!

Raymond dio *un* salto en la silla al ver entrar en la biblioteca a

Jane Corey, el agente del Intelligence Service, a quien un individuo con aspecto de gorila había atrapado por el brazo.

—¿Qué pasa, Ralph? —inquirió Daley.

El llamado Ralph pegó un empujón a la joven, mandándola al centro de la estancia mientras decía:

—La nueva doncella estaba espiando en lugar de estar en la cocina.

—¿Dónde se encontraba?

—Junto a la puerta. La vi desde lo alto de la escalera.

—¡No es verdad! —gritó Jane—. Yo sólo me acerqué por si necesitaban alguna cosa... Oí voces y pensé que usted peleaba con alguien. Estaba a punto de pedir ayuda... No quería que le pasase a usted nada.

—Conque sí, ¿eh? —repuso el doctor y avanzó hacia la joven—. No te había visto bien la cara. Me pareciste fea y no te dediqué la debida atención.

—¿Qué le pasa, doctor...? Soy la muchacha que empezó ayer a trabajar en su casa... Recuerde, su mayordomo me admitió.

—Sí, él te eligió porque, si lo hubiese hecho yo, te habría descubierto enseguida...

—No le comprendo, doctor...

Daley levantó la mano, atrapó la nariz de Jane y dio un tirón.

La joven dio un chillido y quiso retroceder. Pero lo hizo demasiado tarde cuando ya la mano del doctor había hecho presa en el postizo.

El doctor exhibió aquel trozo de supuesta carne.

—Vean, caballeros, lo que es un trabajo de falsa cirugía plástica y, por añadidura, mal hecho.

Raymond se dio cuenta de una cosa.

La joven llevaba en el pecho su medallón, donde guardaba dardos que estaban impregnados con curare.

—Sujétala, Ralph —ordenó el doctor.

El hombre tomó a la joven por los brazos.

Jane trató de desasirse, pero el gorila era un hombre muy fuerte.

—Levanta tu cara —dijo Daley—. Quiero quitarte todo lo que te sobra...

Jane no quiso levantarla.

De pronto, Evelyn le soltó una bofetada.

—Obedece al doctor si no quieres que acabe contigo ahora mismo...

—¿Tú y cuántas más, puerca?...

Evelyn le cruzó la cara otra vez. Luego la tomó por el pelo y tiró de él para levantarle la cara.

Jane ya no pudo impedir que el doctor Daley le quitase el resto de su maquillaje.

—Infiernos —exclamó Schneider—. Es Jane Corey, el agente del Intelligence Service que trató de pescarnos en París...

—Y muy bonita, por cierto —dijo el doctor.

—Sí, tiene razón —sonrió Evelyn—. Pero no lo será cuando usted le haya hecho una verdadera operación de cirugía... Será el premio que le demos por su enorme interés en nosotros.

Ray estaba soltando juramentos. Era el bonito juego de uno contra todos. Pero ya no podía demorar más su presencia en la sala de consejo.

Cruzó la estancia y abrió la puerta, saliendo al *hall*.

Recorrió la distancia que lo separaba de la biblioteca a grandes zancadas e irrumpió en el hueco.

—¡Todo el mundo a callar y empiecen a levantar las manos!...

El hombre de Las Vegas, Chuck Bern, no levantó las manos. Movié la derecha hacia la axila y hasta sacó una pistola con bastante rapidez. Pero no llegó a disparar. Eso habría sido demasiada velocidad por su parte.

Duc le metió una bala en la cabeza, que reventó como si le hubiesen metido un cohete por la boca.

—Eso le pasó por testarudo —dijo Raymond mientras Chuck Bern caía como un fardo.

Pero sabía que los malos ejemplos son contagiosos.

El italiano Carlo Maszola quiso demostrar que lo que no había podido hacer el americano, lo haría él.

También exhibió un arma con facilidad.

Ray apretó otra vez el gatillo.

La bala arrancó un aullido lastimero de la garganta del italiano.

Dejó caer el arma y se agarró el vientre, que era donde se le había alojado el plomo.

—¡Me arden las tripas!... —exclamó.

Quizá se dio cuenta de la extrema gravedad de su caso, porque

no pidió el auxilio del doctor.

Todo estaba ocurriendo con una velocidad vertiginosa.

Dio otro aullido y se derrumbó en la alfombra.

Raymond tenía mucho aprecio por el sexo débil y no tuvo en cuenta que el miembro más peligroso de todos los que estaban allí era precisamente el presidente de Astrea, S.

A. Pe

ro, claro, Evelyn era una mujer.

Fue precisamente Evelyn quien exhibió una pequeña pistola para acabar con Raymond.

Jane estaba atenta.

Tenía sus manos en el medallón, desde que empezó el jaleo.

Oyóse un chasquido.

El medallón quedó abierto y, en la siguiente fracción de segundo, disparó el dardo.

Jane tenía una gran puntería con aquella arma terrible y lo demostró una vez más.

El dardo atravesó la garganta de Evelyn.

La joven lanzó un grito ahogado y se tambaleó. Lo hizo justo cuando apretaba el gatillo de su pequeña pistola.

Disparó una bala, pero ya el arma no apuntaba a Ray.

Max Lautman fue lanzado contra la pared y allí estrelló la espalda. Se miró el agujero que tenía en el pecho, donde el proyectil de Evelyn le había alcanzado.

Luego se deslizó suavemente al suelo, sin prisa, porque no la tenía para morir.

—Eh, muchachos —gruñó Raymond—, ¿quieren morir todos? ¿O prefieren ver la cara del juez?...

Los restantes miembros de Astrea, S. A., prefirieron ver la cara del juez.

—Anda, Jane, marca el número de la policía —dijo Duc—. Creo que el mayor Robbins va a tener trabajo, pero quedará complacido con la prueba número uno, el señor Jack Mortimer.

* * *

Raymond empezó a soltar maldiciones al oír que alguien estaba descorriendo las cortinas de la ventana. Pensó que era algún

empleado del hotel.

—Eh, ¿es qué se ha vuelto loco?... ¡Quiero dormir!

Pero no era ningún empicado del hotel quien lo había despertado.

Jane Corey le sonrió desde el otro lado del lecho.

—Te traigo los mejores saludos de *sir* Howard.

—¡Que se muera *sir* Howard!

—Tu jefe y el mío estarán dándose a estas horas un abrazo en París.

La joven se movió hacia la puerta donde había una mesa rodante.

—¿Qué es eso, Jane?

—Tu desayuno. Creo que te lo elegí bien. Hay platos variados.

Raymond saltó de la cama y fue hacia la joven, que ya se iba hacia la puerta.

—Eh, ¿adónde vas, dulzura?

—Sólo quería traerte el desayuno y decirte que mi avión sale para París dentro de una hora.

Raymond atrapó a la joven por el brazo y dio un tirón fuerte.

Besó a Jane en la boca.

—Eh, ¿qué significa esto? —gritó ella.

—¿Sabes cómo empezó esta historia, Jane?

—¿Cómo?...

—Sentí envidia de un hombre. ¿Y sabes por qué?

—Lo ignoro.

—Porque, cuando desayunaba, tenía al lado una pelirroja y yo me pregunté qué tal me sentaría eso... Trajiste esa mesa rodante y tú eres pelirroja.

—Raymond, me he de marchar... Ya te he dicho que mi avión, Jane no pudo continuar porque Raymond le selló otra vez la boca.

Al fin, cuando la muchacha pudo hablar, dijo:

—¿Quieres hacerme un favor, Ray?...

—¿Qué cosa?

—No me recuerdes mi avión durante las próximas veinticuatro horas...

Entonces, Jane le echó los brazos al cuello para besarlo golosamente.

Pero él la separó de sí y, señalando la mesa, dijo:

—Nena, ¿es que vamos a desaprovechar el desayuno?

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).